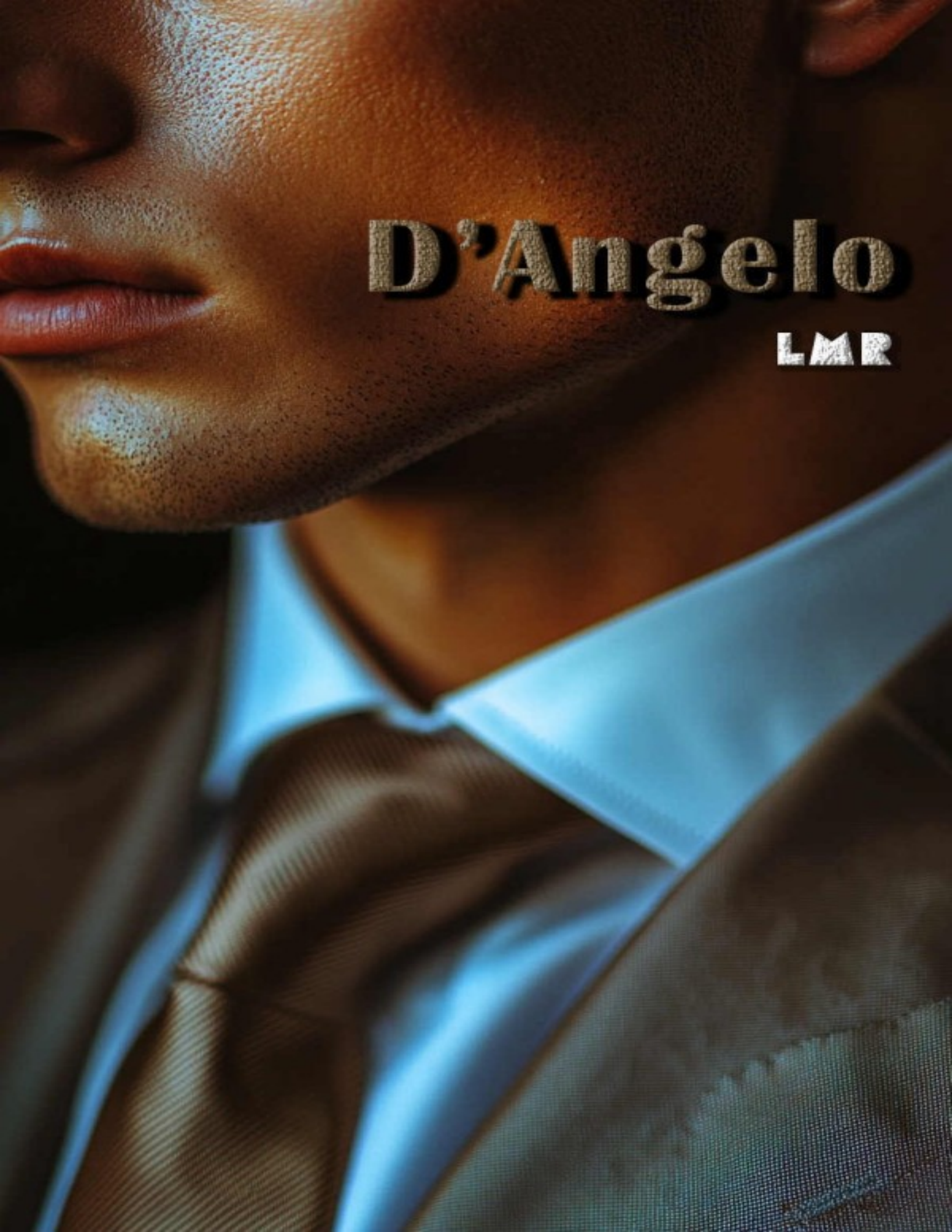

D'Angelo
LMR

D’Angelo

© 2025 by Laura Moreno Romero.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Advertencia, novela de ficción, cualquier parecido con la realidad es una mera coincidencia.

Canción · Cleo&Josh

Delicate - Taylor Swift (3:52)

Antes de empezar…

Querido/a lector/a,

gracias por todo el cariño brindado a las hermanastras Daughbeth. Conocimos a Cleo en Nolan-Kane y nos reencontramos con su versión nerviosa-perdida a tres meses de su propia boda en Kían-Lysander. Es una profe genial y yo le tengo mucho aprecio.

Es por esa razón que quería contarte cómo se enamoró, así que de eso van a ir estas páginas.

Después de esto, Legado Daughbeth continuará siendo una serie de novelas largas, siguiendo la línea de Kían-Lysander.

Esto solo es… un extra.

No quiero dejarme ningún fleco suelto, ningún personaje sin «su momento» y son muchos, así que es posible que haya otra mini-novela de otro personaje secundario más adelante.

En cualquier caso, lo haré con todo el cariño que tengo dentro, con mucha dedicación y la intención de devolveros parte de todo lo que me dais.

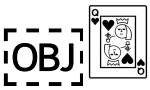
Muchas gracias por estar, por leer y por todo.

¿Empezamos?

—LMR

1

Wilson



Mantengo la misma relación cordial con el dentista que con la Parca: yo no hago tonterías y él me deja en paz.

No me escondo. Me cuido los dientes por miedo. Esa es la verdad.

Pero por desgracia, muy *(muy)* a mi pesar: hoy no me libro. Hacía a-ñ-o-s que no pisaba una consulta. En serio, muuuchos. Por esa razón estaba segura de que me encontraría al viejo Dan Orwhon, el dentista-oficial del noventa por ciento de Mountville, para vernos las caras y los dientes. Pero no. Por lo visto mil quinientos años cotizados ya le han parecido suficientes y el tío ha decidido jubilarse.

El problema es su sustituto. Y vaya si es un problema. Un *problemazo* que tengo delante y me corta la respiración cuando todavía estoy sujetando el pomo de la puerta.

Ojos penetrantes como una flecha de cupido que me arrolla de forma salvaje. Traje bajo de la bata digno de un mafioso rico que solo es dentista para blanquear dinero. Un millón de metros de altura. Una mandíbula digna de villano Disney del que todos dicen "que lo maten, pero qué guapo es". *Mira, yo no me escandalizo con facilidad, pero… hoy estoy escandalizada de cojones.*

—¿Cleo Wilson? —pregunta una voz tan áspera y profunda que raspa las paredes de mis oídos.

No lo sé.

¿Me llamo así?

¿Por qué oigo violines en mi cabeza?

¿Me está dando una embolia?

—La misma —extiendo la mano hacia él y tocarle es la peor idea que he tenido nunca.

Menudo agarre. Ha tomado posesión de mi mano como la deuda universitaria de los ahorros Wilson: con posesividad, dominación y cero intención de soltarse.

—Es un placer conocerte —dice con un acento italiano que hace que me olvide del horroroso dolor que siento en la boca—. ¿Quieres tomar asiento?

—Claro —digo, pero no me muevo. Él todavía no me ha soltado la mano. El cyclamen de su mesa tampoco se inmuta. No logro interpretar la forma que me mira, pero… *guau*. El software de mi cerebro está dando errores simultáneos y por eso mi brillante aportación es—: Tú no eres Dan.

Se ríe.

Una buena carcajada grave y melódica que me burbujea en el estómago y arruga las comisuras de sus ojos.

No entiendo por qué su loción de afeitar huele así de bien, pero si fuera un cuadro en un museo, sería de los que la gente hace cola y acaba viendo de lejos, tras un montón de cabezas de turistas. Épico. Trascendental. Me estoy mareando.

—No, pero he sido su aprendiz durante algunos años, si te sirve.

Asiento. *Yo tenía un plan. Iban a sudarme las manos, iba a retorcer el asa del bolso con nerviosismo y a hiperventilar. Es lo lógico cuando alguien como yo entra en un lugar como este.*

Pero juraría que no estoy respirando.

Y que si tengo sudores fríos son, con diferencia, los más ardientes que han existido.

—¿Se-servirme?

—Me llamo Josh D'Angelo.

—*Josh*.

—Tengo una libreta con las especificaciones de todos sus pacientes, así que estoy al corriente de que no te… *encanta* venir al dentista.

Eso es un eufemismo de narices y Dan es un chivato que no veas.

—No, eso era antes. Ahora sí me… me…

—¿Gusta?

—Me parece que esa es una palabra demasiado grande para lo que siento.

Vuelve a reírse. *Dios, qué tío más risueño. Me voy a morir de un infarto.*

—*Andiamo a vedere* —me suelta y me hace un gesto para que tome asiento.

—¿Cómo?

—Ah, perdona. A veces cambio el chip y hablo en la lengua que no debo.

—Tranquilo. A mí siempre me han gustado los idiomas. De hecho, estuve a punto de renunciar a mi sueño de ser profesora de mates por aprender italiano —digo acomodándome en la silla de las torturas, apenas sin ser consciente de que lo hago.

—¿De verdad?

—No.

Aprieta los labios y juro que me merezco esa sonrisa que no quiere darme.

—Puedes darme el bolso si quieres, estarás más cómoda.

—Gracias —se lo doy, volviendo a cometer el error de tocarle. Carraspeo intentando olvidarme de lo grandes y sexys que son sus manos—. Aunque si Dan de verdad te habló de mí, sabrás que eso es imposible —exhalo—. Debes pensar que soy una cobarde. Un mal ejemplo para las futuras generaciones.

Se pone serio. Junta las cejas casi como si le hubiera ofendido.

—Los cobardes no afrontan sus miedos y tú estás aquí. *Perché sei così dura con te stessa?*

—Perdona, eso tampoco lo he entendido.

—Pregunto si sueles ser tan dura contigo misma.

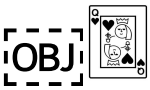
—Sí. ¿El lío del idioma suele pasarte a menudo?

—No. Solo cuando me pongo nerv… —deja de hablar y yo solo oigo el eco de mis latidos.

Es más fuerte que un estadio lleno de fans de Taylor Swift cantando *Mean* y sanando heridas que ella nunca les creó. No llego a preguntarle cómo termina su frase porque alguien irrumpe en la sala y rompe el momento.

2

Wilson



—D'Angelo, hola. Solo quería recordarte que al acabar con la paciente tienes visita con el niño de los Hanes, ¿vale? Su madre ha llamado avisando que se ha pasado toda la noche llorando.

Es la recepcionista pelirroja, la que me ha guiado a la sala de la radiografía. También es italiana y muy guapa. Tiene una sonrisa digna de campaña de pasta de dientes y es bastante joven, aunque mayor que yo.

—Gracias, Chiara —dice Josh sin mirarla.

—No hay de qué, cielo. ¿Necesitas algo de mí? —contonea su tipazo de infarto desde el marco de la puerta y se acerca a nosotros como si fuera su cuerpo lo que le ofrece para «necesitar».

Va a ser verdad eso de que en los hospitales y en las clínicas están todos liados. Ignoro la punzada de celos absurdos. De

disparatada decepción. Acto seguido, Chiara le pone una mano en el hombro a D'Angelo mientras a mí me lanza una mirada altanera, condescendiente y poco amistosa. *Vaya.*

En otras circunstancias no me habría hecho pequeña en mi asiento, pero ahora… ahora no estoy en mi mejor momento. En absoluto. Sobre todo después de que Láhria y yo tuviéramos que ir a comisaría hace pocas semanas para… aquello. *Dios, qué mierda, todavía no puedo asimilar que esta sea mi realidad.*

Ahora Josh sí la mira con una seriedad demoledora.

—No.

—De acuerdo, te dejo trabajar entonces.

—Gracias.

—Ven a verme cuando acabes con tu paciente, ¿vale? Tengo cosas que comentarte sobre Rossy May —le guiña un ojo y le lanza una sonrisa que no pasa más allá de sus labios rojos.

Josh no le corresponde.

Chiara se marcha dejando la puerta abierta y su perfume se queda en el ambiente, en el aire entre nosotros. Dudo cuándo fue la última vez que me compré algo caro para mí. Trabajando con niños intento que mi maquillaje sea ligero, igual que el color de mis uñas y… *¿por qué me siento tan insuficiente de repente? ¿Tan poco femenina y guay?*

—Perdona, Cleo —exhala algo similar a frustración—. ¿Puedes reclinarte en el asiento?

—Claro.

—¿Estás cómoda?

—Podría dormirme si no fuera por el dolor insoportable que tengo desde hace tres días.

—¿Por qué no has venido a verme antes? —pregunta como si mi dolor fuera su dolor.

—Ya sabes por qué.

—Cleo… —Su mirada se endulza y no parece que me esté teniendo lástima.

Parece otra cosa.

—Ya, ya, doy vergüenza.

—No la das —gruñe apartando la mirada, acercándose más y más con su taburete con ruedas—. ¿Puedes abrir la boca?

Dios mío. La gente no ha tenido en cuenta lo terrible y tensa que puede ser la situación si da la casualidad de que tu dentista es un modelo italiano comprensivo y compulsivamente agradable.

—¿Cleo?

—Claro —trago saliva con dificultad y miedo mientras él se pone la mascarilla.

Ni una que te tapara toda la cara sería suficiente, guapo.

Sé. Lo. Que. Hay. Debajo.

—¿Cuántos años tienes, Cleo? —pregunta moviendo la lámpara que va a dejarme ciega los próximos cuarenta minutos.

Luego me pone esas gafas para que no te salpique el agua y lo hace con suma delicadeza.

—Veintidós.

—¿Graduada?

—Estoy a punto —trago saliva empujando los fantasmas hacia abajo—. Tú no debes llevar mucho en la profesión. Eso o te haces transfusiones de sangre de niño.

—Soy cuatro años mayor que tú, no llevo mucho. —Sonríe agachando la cabeza, cogiendo más material de tortura.

—Típica respuesta de un viejo ladrón de sangre de niño —le digo y su sonrisa se ensancha hasta que añado—: ¿Esa tal Rossy May es joven? ¿Debería alertarla? —Entonces se desvanece y aunque no tenga ni idea del motivo, sé que la he cagado—. Perdona, a veces no sé cuándo parar.

—No has hecho nada malo. Dime, ¿siempre te han gustado las mates?

—Sí, lo lógico sería que nunca hubiera tenido amigos por tener unos gustos tan raros, pero tengo una mejor amiga que es como una hermana. A mis ojos, me ha tocado la lotería.

—¿Cómo se llama?

—Láhria Taylor. ¿Estás intentando distraerme?

—No. Y a mí no me parece que tus gustos sean raros, las mates molan —sube su taburete un puñado de centímetros, lo cual deja nuestros rostros todavía más cerca.

—Di eso en público y se te vaciará la clínica —musito y él vuelve a reírse—. Eres el dentista más alegre que he conocido nunca.

—Eso no tiene mucho mérito, solo conocías a uno.

—A dos, pero aun así…

—Abre bien la boca, Cleo. Todo lo que puedas —dice y no me debería gustar tanto la forma en la que pronuncia mi nombre.

Ni debería sentir cómo un puñado de hormigas bailan sobre mis terminaciones nerviosas. Mucho menos cómo una familia de mariposas coloridas montan la fiesta del siglo en mi estómago.

Pero es lo que pasa.

Abro la boca con ganas y mi imaginación calenturienta hace el resto. *Ay, dios.*

—Vamos, Emmy Noether, puedes hacer algo mejor que eso.

—Me encanta ese apodo. Estoy empezando a pensar que eres un *nerd* de verdad.

—Pues sí que has tardado en darte cuenta. —Me pone un dedo en la frente, me pega la cabeza al respaldo de la silla de torturas y abro la boca todo cuanto puedo—. Así me gusta. Lo haces muy bien.

¿Por qué siento que me está diciendo guarradas?

Aprieto las manos mientras él mueve el espejo bucal alrededor de mis muelas.

—Qué buena eres. Muy bien —sigue y sigue—. Tienes los dientes muy limpios y bien cuidados. Te felicito.

—Grah-hias —digo aunque apenas se me entiende.

Josh vuelve a sonreír y mis ovarios se contraen en un descontrol hormonal intenso.

No debería fijarme en la tormenta de su iris, pero lo hago. *Qué preciosidad.* *Arrepentimiento inmediato*. *Cuantísimo me duele la boca, joder.*

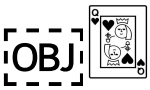
Acerca la sonda exploradora a mis dientes y me entran los sudores. Me aferro con más fuerza a la camilla.

—¿Esta es la muela que te duele? —en cuanto la sonda me toca doy un bote.

Y ya estoy llorando.

3

Wilson



—Sí, es esa —respondo bien cuando se aleja de mi boca, intentando aferrarme a la poca dignidad que me queda.

—Lo siento mucho, sé que duele un huevo —dice pasándome unos pañuelos—. *Sono qui con te.* No hace falta que te aguantes las lágrimas.

—No lo hago —miento cual bellaca, al borde de mi muerte—. ¿Qué es eso?

—Ahora te lo digo, tú respira un poco. *Con me sei al sicuro, Cleo.*

—Estoy segura de que todo Mountville ya tiene el C2 en Italiano —musito y se vuelve a disculpar por hacer algo que en realidad me gusta.

mucho.

—Se llama jeringa triple y suelta aire, agua o ambas cosas. El aire frío y seco prueba la sensibilidad de los dientes. Voy a darte un poco

de aire en las muelas cercanas a la que te duele, para ver si están afectadas —dice y debo poner una cara de pánico muy literal porque añade—: tranquila, no voy a darte en la que te duele. Te lo prometo.

—Vale. —*Creo que voy a llorar otra vez.*

—Si solo tenemos que matarte un nervio, no notarás nada.

—Ya, ¿y si resulta que hay que matar más de uno?

—Entonces te dolerá bastante.

—Eres sincero de un modo aplastante, ¿no había una asignatura de «mentiras piadosas» en tu carrera?

—Me temo que no. Mis pacientes se merecen absoluta transparencia, pero Cleo —me aguanta la mirada—. Te aseguro que en una hora y media ya no te dolerá nada.

—Después de lo que he pasado estos días, eso parece un sueño. Pero a decir verdad, creía que con cuarenta minutos bastaría.

—Me gusta tomarme mi tiempo, cerciorarme de estar haciendo las cosas bien. Quiero cuidar tus dientes para que te duren toda la vida.

Qué dulce suena todo lo que dice, coño. Me van a salir mil caries.

—Vale, haz lo que tengas que hacer —cierro los ojos, pero vuelvo a abrirlos cuando no ocurre nada.

—Te portas muy bien para el miedo que tienes, ¿lo sabías? —sacude la cabeza—. He tenido que perseguir a adultos que te doblan la edad con tal de que vuelvan a sentarse.

—Si sigues hablando así voy a pensar que tienes un caramelo para mí guardado en algún cajón y que vas a dármelo al acabar la sesión.

Su carcajada me derrite la espina dorsal contra la silla de torturas. *Es como si le pillara por sorpresa cada comentario que hago. Me hace sentir especial. Como si mi personalidad fuera algo raro y bonito que no ha visto nunca.*

—D'Angelo necesito que me firmes estos impresos. —Chiara vuelve a irrumpir en la sala, taconeando y moviendo las caderas.

—¿Puede ser luego? —pregunta con una hostilidad que nunca ha dirigido hacia mí.

—No, es que me ha llamado el propietario de la clínica para pedírnoslo y no quiero hacerle esperar. Llevas muy poco tiempo aquí solo, sin Orwhon rondando y además eres joven, lo cual podría generar… habladurías. No querrás enfadarlo, ¿a que no, cielo? Puedo quedarme con tu paciente mientras tanto. —En cuanto él se levanta del taburete y me da la espalda, Chiara me lanza otra mirada altanera, otra sonrisa que no llega a los ojos.

Esta se saltó la clase de no-enemistarse-con-todo-el-género-femenino.

El silencio no dura mucho cuando nos quedamos solas.

—¿Este babero te ha puesto D'Angelo? Pero si es muy pequeño. Espera —Chiara me dedica una sonrisa apretada al quitarme el papel que tenía sobre el pecho y me trae otro que me llega hasta la cintura—. Es que la paciente anterior era más de mi quinta, a ti te hace falta algo un poco más grande, ¡no queremos que te manches!

¿Mancharme el qué? ¿Las rodillas? ¿Pero esta tía de qué va? Toma Body-Shaming.

**Respira Cleo*.*

—Eres muy considerada.

—Mi trabajo es hacer que toda clase de pacientes que vienen a la clínica se sientan a gusto.

¿Sí? Pues es tan irónico como cuando las chicas malas que hacían bullying a medio instituto acaban estudiando trabajo social o siendo psicólogas.

Chiara desvía la mirada a mi frente y sonríe de forma condescendiente.

—Estás sudando un montón. Es de los nervios, ¿eh? Voy a tener que subir mucho el aire acondicionado para que no empapes la silla. Dime, ¿para qué has venido aquí…? —estrecha la mirada como si no

lograra recordar lo que pone en mi ficha, pero quisiera dejar claro que se la ha leído porque no hay secretos en la clínica.

—Para matar a un nervio.

—Ay, pobre. Debe dolerte mucho. Vaya, ¡y voy yo y me meto en medio prolongando tu dolor! —se lleva una mano a la frente, carcajeándose—. Si es que soy de lo que no hay. Siempre ando metiendo la pata.

—No pasa nada.

—Sí que pasa, ¡siempre hago lo mismo! —se enrolla un mechón de pelo rojo en el índice—. No sé cómo D'Angelo me soporta, no lo dejo en paz ni dos minutos. Estoy tooodo el tiempo encima suyo. Debe ser que los de sangre italiana nos entendemos entre nosotros mejor que nadie. Te voy a reclinar un poquito más el respaldo para que estés más cómoda, ¿vale? Y también a apartar la bandeja que casi la tienes encima. ¿Sabes que creo? Que esta silla es demasiado pequeña para ti. Eres bastante… *ya sabes*.

Dice «ya sabes», pero en realidad me mira como si fuera un hipopótamo con tacones. No tengo tiempo a mirar mis deportivas gastadas, ni los shorts sencillos que he elegido porque la voz ronca de Josh nos atraviesa como un rayo.

—Chiara. ¿Unas palabras?

—Claro, cielo —sale de la sala tan contenta que casi da saltitos.

No sé si es el calor del momento o si lo hace adrede, pero se alejan tan poco de la puerta que oigo la conversación a la perfección.

4

D'Angelo



—Me preguntaste por qué te despedía si llevabas cuatro años con Dan y nunca había tenido ninguna queja tuya. Bien, lo hago por esto. No tienes inteligencia emocional o peor, decides actuar como si no la tuvieras.

—Pero yo… —me agarra del brazo, como siempre.

—Ahí dentro hay una paciente a la que le duele mucho la boca y tú me has sacado de la consulta para que firme algo que, después de leer el email, es más que evidente que no corría tanta prisa. Y por si eso no fuera suficiente, la has incomodado en mi ausencia. Debería darte vergüenza.

—Yo no he hecho tal cosa. *Puoi fidarti di me.*

—¿Fiarme de ti? —resoplo y doy un paso atrás—. ¿Quieres que entre y se lo pregunte a ella? Si quiere quejarse de ti voy a enseñarle los pasos para acceder a nuestra página web.

—Puedo ir contigo, estoy segura de que yo no la he incomodado y no…

—Vete, Chiara. Puedo encargarme solo el resto del día. Y si no cambias de actitud los trece días que te quedan en la clínica, tendrás que llamar a Dan para que te escriba la carta de recomendación porque yo no lo haré.

Chiara Bianchi se larga enfadada, con la cabeza bien alta y cero intención de disculparse. Cuadro la espalda, entro en la sala y cierro tras de mí. Al mirar a Cleo, se me cae la cara de vergüenza.

—Tienes todo el derecho a poner una queja. Me disculpo por el comportamiento de…

—Gracias —dice y abro los ojos para mirarla, luchando contra lo avergonzado que me siento—. Ha molado.

—¿No estás cabreada?

—Si una pelirroja guapa viene y me dice que soy un alien horrendo de dos cabezas, puede que no sea agradable de oír, pero eso no va a hacer que me lo crea. He tenido una madre ausente a la que nunca le he importado un comino, hace falta más que un par de insinuaciones poco sutiles para que me cale hondo.

Joder, tengo demasiadas preguntas.

Demasiada rabia.

Nolan-Kane no dijo nada de su madre.

—Si sirve de algo, no es personal. Chiara es así. —Me despeino pasándome una mano por el pelo, convenciéndome de que dejarle claro a Cleo lo preciosa que es y que *cualquier* hombre o mujer querría matarse en las curvas de su cuerpo no sería profesional… *Porque no lo sería, ¿verdad?*—. Pero en ningún caso la estoy excusando. De verdad creo que deberías poner una queja en nuestra página web.

—Pondré una.

—¿Lo harás? —exhalo aliviado, porque aunque eso no arregle una puta mierda, me gustaría pensar que se haría algo de justicia.

—Sí, tendrá cinco estrellas. Irá seguida de un buen párrafo sobre lo feliz que soy sin dolor, ¿puedes sentarte en el taburete y volver a asustarme? —me ofrece el espejo bucal y vuelvo a sentir esos deseos irrefrenables de besarla, que se traducen en que sonrío como un gilipollas mientras obligo a mi cuerpo a hacer el trabajo por el que se me paga.

Supe, desde el momento que Dan me habló de Cleo, que era una chica especial.

¿Qué niña de ocho años se pasa el hilo dental a diario? A esa edad yo me tragaba la pasta de dientes porque estaba buena, joder.

Y ahora sé que la increíble Cleo de la que tanto habla Nolan-Kane, la mejor amiga de su hermana Láhria, es la mujer que tengo delante.

Pero en cualquier caso, no esperaba que fuera así de especial, que su personalidad se desbordara por los márgenes.

Mi hai preso. Non c'è niente da fare…

Compruebo el estado de las muelas colindantes a la que sé que le duele y por suerte, no hay espasmo por su parte.

Su pelo oscuro encaja a la perfección con su piel tostada que me recuerda tanto al verano en Sicilia. Sus ojos son un mapa estelar rodeado de tupidas pestañas que parpadean entre miedo, terquedad y una simpatía arrolladora. No hay nada anguloso en ella, todos los cantos son suaves, redondeados, dulces… es preciosa. Y lo seguiría siendo en un mundo de ciegos.

—¿Y eso qué es y para qué sirve? —pregunta la mujer de infinito olor a coco en cuanto salgo de su boca.

—Es la turbina de alta velocidad, el taladro que usamos para abrir la corona del diente.

—Tú tenías que ver muchas pelis de miedo de pequeño, ¿a que sí? —me alza una ceja.

—¿Estás intentando distraerme?

—Es que se te han quedado unos ojos tristes que me dan mucha pena.

La sensibilidad que tiene esta mujer en el segundo molar es una puta tortura china, sé que está rabiando de dolor, ¿y qué hace? ¿Qué demonios hace ella? Esto.

Mamma mia.

—No deberías preocuparte por mí, dadas las circunstancias.

—Soy multitarea.

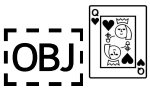
—Tienes una gran tolerancia al dolor, Cleo.

—Sí, bueno, es que soy mujer. Cada mes mis ovarios deciden retorcerme las entrañas como si fuera su peor enemiga. Aunque si te soy sincera… —jadea, sus ojos brillan y su sonrisa flaquea—, estoy llegando a mi límite. Por favor, Josh, haz que pare. *Por favor.*

No tardo ni dos segundos en coger la anestesia.

5

Wilson



Me aferro a su bata con el puño durante toda la intervención, pero no parece importarle. De hecho, el único momento que se levanta de la silla para coger algo, me agarra la mano.

Me. La. Agarra. Sin. Que. Se. Lo. Pida.

Su cara de concentración debería parecerme menos atractiva a medida que pasan los minutos porque el cerebro se acostumbra con facilidad a todo, por muy bueno que sea.

Pero nop.

De hecho, a ratos se me olvida que estoy viviendo mi peor pesadilla y que he temblado como una hoja y llorado como una magdalena los primeros minutos de la intervención.

Encima el tío se dedica a soltarme datos como «las jirafas solo tienen dientes de abajo» o a hacer los peores chistes malos que he

oído en mi vida, pero que, por algún motivo, me hacen gracia. *«¿Sabes cómo se dice dentista en chino? Tekito-tukarie».*

Es espantoso.

Tendría que haberme largado.

Me he reído un montón.

Creo que me estoy colando por él. Un flechazo en toda regla. *Ah, y sigo oyendo violines.*

—Hemos acabado —dice y en ese momento, la máxima euforia estalla en mi pecho.

Se aleja de mí, aparta la lámpara y yo… No puedo parar de reírme.

—Vas a pensar que estoy loca como una cabra, pero es que… —me llevo la mano al pecho sobre el babero inmenso.

—Dolía mucho y ya no, ¿verdad? —sonríe como si este momento fuera lo que da sentido a su trabajo.

—Sí, justo. Eres increíble —me toco la cara, exhalo aliviada y cierro los ojos alucinando—. Madre mía, así voy a poder estudiar muy a gusto para mis finales.

Se carcajea y no puedo controlarme: le rodeo el cuello con los brazos. Abrazar a tu dentista no es apropiado. Imagino que por eso su risa se corta de golpe y su cuerpo se tensa. Pero un poco después, su mano llega a mi espalda y la acaricia. Solo entonces me doy cuenta de la barbaridad que estoy haciendo y de que debería alejarme. Pero soy débil y su olor es *tan* delicioso, su abrazo *tan* reconfortante, que no soy capaz.

Josh me dice lo bien que me he portado, lo buena paciente que he sido y cuando me aparto, mis ganas de saltarle encima no disminuyen ni un poquito. *Joder, odio tener que volver a la ciudad ya, quiero quedarme en Mountville. No, quiero quedarme en esta clínica.*

—¿De dónde te viene el miedo? ¿Es por el dolor? ¿O por algún trauma? —pregunta volviendo a su taburete.

—Vine sola a la consulta a los siete años y…

—¿Sola? —repite como si fuera un ultraje.

—Sí, mi madre tenía trabajo así que me dejó aquí. Dan había caído enfermo y su hermana mayor, que también era dentista, fue quien me quitó la caries. No… no se llevaba bien con mi madre. Digamos que…

—¿La pagó contigo? —Ahora parece capaz de romper la puerta de una patada.

—No diría tanto. Solo que no me explicó demasiado de lo que iba a hacer y todos los aparatos daban mucho miedo, además de que me hizo un poco de daño y… bueno, eso fue todo lo que hizo falta. Es curioso lo mucho que puedes arrastrar algo que te pasa de pequeño.

—Lo siento mucho, Cleo —dice cabreado, como si deseara rendirle cuentas a la hermana de Dan por tratarme así.

—No fuiste tú. ¿Por que ibas a sentirlo?

Me mira como si no tuviera palabras adecuadas para responder y me da el colutorio para que me enjuague. Los párpados me pesan. Después de que todo el miedo haya abandonado mi cuerpo, sumado a la anestesia, estoy a punto de caer redonda.

—¿Habías llorado por esto?

—¿Cómo?

—Al llegar tenías los ojos rojos. ¿Habías llorado por esto o era por otro motivo?

—¿Sueles hacer tantas preguntas personales a tus pacientes?

—Nunca —admite aplastándome a la silla con su mirada—. ¿Vas a responder?

No debería.

No tengo razón.

—Hace unas semanas tuve que ponerle una orden de alejamiento a mi madre —suelto—. Voy a graduarme dentro de poco y no puedo parar de pensar en ella. He llorado por eso y porque me aterraba venir a verte.

Dudo qué es lo que ve cuando me mira, pero puedo asegurar que no me esperaba que sus siguientes palabras fueran:

—Cleo, voy a pedirte que te busques otro dentista.

—¿Qué? ¿Yo he…? ¿He hecho algo mal?

—No. Es por mí. Por lo que quiero hacer y mi código profesional no me permite —la intensidad de su mirada es otra persona más en la habitación, es tangible y gigante.

—¿Y qué es lo que quieres a hacer?

—Pedirte una cita. Por favor, deja que te invite a cenar.

Lo miro sin entender cómo alguien como él añadiría un «por favor» como si el partidazo fuera yo. Él es quien tiene la vida resuelta, el control de su futuro y emociones, el dulce y el del aspecto físico digno de un dios romano. Yo solo soy… un desastre.

Pero a este desastre se le acelera el corazón como nunca antes.

—¿Por qué?

—¿Vas en serio?

—Sí, me gustaría saber por qué querrías…

—Porque la idea de que salgas por esa puerta y no vuelva a verte en años me aterra un huevo. Aunque si es demasiado pronto para que lo admita, puedo decir que me pareces muy guapa. También es cierto.

La labia italiana. En realidad, nunca he tenido oportunidad de escapar, ¿a que no?

—Lo siento, no pretendo incomodarte. —Se aleja un poco de mí —. También puedes quejarte de esto en la web.

Se me escapa una carcajada.

—Josh, me gustaría mucho tener una cita contigo.

—¿Hablas en serio?

Respondo que sí en italiano y la sonrisa le llega hasta los ojos. Achaco mis sofocos al calor del verano en Virginia, pero me incendia.

—¿Esta noche? —pregunta, dejando ver un pelín las ganas que tiene.

Me muerooooo.

—Claro.

—Genial.

—Llevaré un diccionario de inglés-italiano.

Esta vez no se ríe de mi comentario. Se ha deshecho del babero y está muy ocupado mirando mi camiseta blanca. Sí, esa en la que se puede leer en letras rojas *«Daddy's favourite girl»* en plan sexy-súper-inapropiado.

—No es que tenga una hermana a la que quiera joder, ni nada. Soy hija única. Por eso mi padre siempre dice que soy su favorit… — Carraspeo al darme cuenta de dos cosas: que no me ha preguntado y que la camiseta *no* es lo que está mirando.

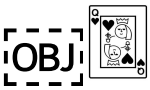
Sino mi cuerpo. Mis curvas. Mis caderas. Mis… Ay, madre mía. ¿Todo lo que ha despreciado Chiara? Bueno, está claro que él no comparte esa opinión.

Carraspea, se levanta y me da la espalda mientras murmura algo en italiano que suena mucho a una maldición.

En ese momento el timbre de la clínica suena y él se excusa para ir a abrir. Sale como un vendaval. Yo tengo ya bastante con levantarme de la silla sin aterrizar sobre mi cara porque ese tío me ha vuelto las piernas de gelatina.

6

Wilson



No estaba preparada para verle con el pequeño y llorón Travis Hanes, que es la cosa más adorable del mundo. Tiene vena de padrazo y me está activando el reloj biológico. *Haciendo que grite.*

—Escúchame, sé que te duele y que quieres que te ayude. Pero necesito que seas valiente conmigo porque tengo un dinosaurio en mi consulta al que tengo que tratar primero. ¿Crees que podrías ayudarme a animarlo?

El hijo de Abbie y Matthew Benedict, que ya tiene ocho años, aparece disfrazado de dinosaurio, rugiendo. Me llevo una mano a la boca, muriéndome de dulzura.

—Raaaargh —gruñe el mini-Benedict—. ¡Tú siempre me quitas el dolor, Josh! ¡Ayúdame, poooorfi! —el supuesto dinosaurio se tira al suelo y patalea, frenando las lágrimas de Travis.

—No llores, aguanta. Doctor D'Angelo, ¡ayúdalo! —pide Travis.

La madre del ex-saco-de-mocos está boquiabierta cuando es su hijo el que emprende la marcha hacia la sala, ayudando al dinosaurio mientras Josh narra el épico dolor del "animal". Abbie, mira a su hijo con desbordante orgullo y en cuanto nos quedamos las tres solas, nos susurra que quiere ser actor cuando crezca.

Sé que estoy en peligro. Por eso, salgo de la clínica a toda prisa.

Mensaje para La Única E Inigualable

13:07 Estudia mucho porque cuando vuelva a la uni tengo un millón de cosas que contarte.

Pese a estar hecha polvo y necesitar tirarme en una cama para recuperar el sueño que no he tenido estos días por el PÁNICO, corro al *Boogie* a hablar con Ridelmunt. Literalmente: salgo corriendo. Aun así, la adrenalina, las contracciones de miocardio, las mariposas estomacales y los calambres bailoteando por mi piel me persiguen de cerca.

—Vas a gastarme el suelo de tanto paseo, niña, ¿quieres tomar asiento y beberte el zumo antes de que se le vayan las vitaminas?

—Tiene que ser un lunático, ¿verdad? Un estafador que va en busca de mi dinero o algo así.

Se carcajea. De forma sonora y un buen rato. Luego dice:

—¿Qué dinero, mocosa?

—No lo sé —ocupo un taburete en la barra—. Puede que crea que tengo mucho. Que me haya confundido con alguna Wilson rica y famosa. Debería llamarle y cancelar…

Me coge de la muñeca que sostiene mi móvil.

—Ese muchacho siempre ha ayudado a todo el pueblo desde que llegó. La última semana arregló el lavamanos de la cocina de Lora en cuanto salió de trabajar. ¿La ventana de la carpintería de Alani? La arregló con Benedict el domingo.

—Ambas chicas. ¿Lo hizo para salir con ellas? ¿Para llevarlas al huerto? —pregunto y me llevo un golpe de trapo.

—Escúchame, sé que tienes miedo y que tienes razones de sobra para desconfiar —me coge la cara con ambas manos—. Pero eres fuerte como para arriesgarte a que te hagan daño.

—¿Lo soy?

—Lo has sido siempre, desde que eras una renacuaja —me besa la frente con ese cariño malhumorado que la caracteriza—. Eres el amor de la vida de alguien, Cleo Wilson. No lo olvides nunca.

El amor de la vida de alguien.

Nunca lo había pensado así.

¿De verdad existe alguien ahí fuera a quien yo podría volver loco en el buen sentido? ¿Es posible que yo sea "la persona" de alguien?

La ilusión casi me mata. *¿Valgo para eso?*

Descubro que hay algo que me asusta todavía más que el dentista, así que voy al hospital. Sé que está mal colarme por delante de los que están en la sala de espera, *fatal,* pero lo hago de todas formas.

—Nolan-Kane Taylor. ¿Puedo hablar contigo un segundo?

—Cleo —su sonrisa se expande y abre los brazos para que me funda en ellos.

Abrazo al hermano mayor de mi mejor amiga, que me ha visto crecer y me ha ayudado en infinidad de situaciones y se lo suelto todo. Así, de sopetón y sin respirar.

—Me alegra que hayas venido aquí antes de salir con él.

—¿Porque es un estafador? ¿Un maleante? ¿Por qué sonríes? ¿Te estás riendo de mí?

—Josh D'Angelo no es ningún estafador. Lo conozco desde hace mucho tiempo y no solo es un tío legal de cojones, es *muy* buena gente.

—¿Tanto énfasis en muy? ¿En serio?

—*Muy* en serio.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

—Todo lo que no puedo contarte.

—¿Puedes dejar de ser irritante y decirme que en realidad es odioso?

—Lo único que podría criticarle es que tiene un sentido del humor que no tiene puta gracia. En realidad, me siento tonto por no haber intentado juntaros yo mismo —su cara se vuelve seria—. Un segundo, ¿cuántos años tiene?

—Casi los mismos que yo —aseguro, con repentina urgencia por salir de la consulta.

—Eso no puede ser ciert… —estrecha la mirada.

—Gracias, ¡muchas gracias por la ayuda! ¡Que vaya bien el día!

Puede que Nolan y Nina se lleven seis años, pero a lo largo de nuestra adolescencia, nos ha dejado claro a Lay y a mí que *no* soportaría que saliéramos con un hombre mayor porque "no quiere que se aprovechen de nosotras". Lo cual es muy tierno, algo hipócrita y típico de un chalado total, pero le quiero mucho. *¿Te imaginas que Lay acabara con alguien mucho mayor que ella?*

Puede que vaya a ver a Lora, a Sawyer, a Nina, a medio Mountville y que mi miedo no se reduzca ni un poquito.

Voy a salir con Josh. Porque Josh es un tío legal. Menudo plot twist. ¿En serio algo va a salirme bien? ¿A mí?

7

D'Angelo



—Ya sé que le ayudó a arreglar su tejado, señor Aklan, lo ha dicho tres veces, ¿pero le pareció que D'Angelo tenía segundas intenciones? —oigo la voz dulce y femenina de Cleo viajar a través de los pasillos del supermercado.

—¿Segundas intenciones?

—Sí, ¿quizá robar algo de su casa? ¿Colarse en su ordenador y aceptar las cookies de páginas raras?

—¡Claro que no! ¡Y deja ya de perseguirme!

—Cleo, cariño, ¿qué estás haciendo con los clientes? —pregunta Marthia, desde la caja.

—Investigación de campo.

—Entonces quizá quieras ir directamente a la fuente —Marthia mueve la cabeza hacia mí y en cuanto Cleo me ve, se queda muda.

Tiene las mejillas coloradas y el pelo revuelto como si hubiera estado corriendo de aquí para allá. O, *dios no lo quiera*, follando con alguien que no soy yo.

—Fíjate, Marthia, creo que puedes cobrarme esto antes de que encuentre las palabras adecuadas —le dejo las verduras y las cervezas en la cinta.

Marthia finge que no disfruta inmensamente del espectáculo.

Cleo sigue ahí plantada, inmóvil, mirándome con pesar y vergüenza mientras empuña una pequeña bolsa de gominolas entre los dedos. Una que tiene pinta de haber sido toda su comida. Sin pensarlo demasiado, me tomo la libertad de tirar de ella fuera del establecimiento. *Su piel es suave de cojones.* Ella sigue sin hablar. Ni siquiera noto el aire cálido del exterior por todo lo que me está pasando dentro.

—¿Tengo pinta de ladrón, Cleo?

—No —sacude la cabeza con convicción, claramente avergonzada.

—¿De tener segundas intenciones con las… cookies de la gente?

Ahora cierra los ojos con fuerza y deja caer los hombros.

—Siento que hayas oído eso.

—Yo no. —Estiro la espalda, la suelto y doy un paso atrás—. Ya te he dicho que soy transparente. No me gustan las mentiras y prefiero saber que es eso lo que piensas. Siento haberte incomodado, puedes borrar mi número de tu agenda.

Doy media vuelta con intención de marcharme, pero ahora es ella quien me coge de la muñeca con una fuerza inesperada que revela desesperación.

—Por favor.

—¿Por favor qué?

—Por favor, dame otra oportunidad —dice para mi alivio—. Es verdad que después de lo bien que te has portado conmigo, de lo muchísimo que has hecho por mí siendo solo una extraña yo… he preguntado a todo Mountville si sabían algo turbio de ti. Pero es que mírate. Y mírame a mí. Yo soy un desastre y hasta hace un par de

horas, una loca aterrada por hacer algo que niños pequeños hacen sin pestañear y… lo siento. De verdad. Ha estado mal. Pero es que no me cabe en la cabeza que quieras…

No me gusta interrumpir a la gente cuando habla, pero con ella hago una excepción. Le cojo la cara con ambas manos y le como la boca sin reservas, con ansia viva y dejando las cosas claras de una vez.

8

D'Angelo



Se estremece contra mí y en un instante, ese beso pasa de ser una reclamación silenciosa a un incendio incontrolable. Sus labios se abren dóciles, urgentes, ofreciéndome todo su calor. Su lengua busca la mía hambrienta y necesitada. *Me deja de rodillas.*

Mis manos caen a sus caderas y cuando la presiono contra mí, Cleo gime y yo casi me muero. Ese sonido suave cargado de deseo hace que toda la sangre se me baje a la polla a la velocidad de la luz.

La empujo hasta que su espalda da contra el lateral de mi coche. Se mueve contra mí como una lagartija y dudo si quiere volverme loco. Le muerdo el labio, le succiono un poco la lengua, sin saber qué cojones es esto porque un beso no es. Ella se entrega por completo, rindiéndose entre temblores vibrantes. Sus dedos se clavan en mis brazos, en mi cuello, en mi pelo, me acaricia y tira de

mi ropa como si le estorbara. Todo cuanto le toco o le hago genera una necesidad de mucho más que no sé cómo sobrellevar.

Mi fai impazzire.

Non sai cosa mi fai.

Me he pasado la vida buscando algo que tú tenías, aquí, en esta preciosa boca.

Acaricio su mejilla al apartarme lo justo para mirarla, inclinándole la cabeza y bebiendo del fuego que abrasa su iris.

—Lo siento —jadea con dificultad—, aún no tengo todo el control de mi boca.

—Joder, pues vas a matarme cuando lo tengas.

Sonríe afectada por mi confesión, como si no supiera el poder que tiene entre manos.

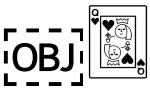
—Vamos.

—¿A dónde? —pregunta.

—Lo verás cuando lleguemos.

9

Wilson



No entiendo por qué me coge la mano con tanta naturalidad, como si fuera algo que hemos hecho siempre. Tampoco entiendo por qué le dejo. Ni por qué sé que la razón por la que hemos ido caminando y no en coche es porque Josh ha podido imaginarse lo que me haría subirme a su coche, dadas las circunstancias.

Pero sobre todo no entiendo cómo narices ha sabido guiar nuestros pasos hasta la casa en la que crecí, si acabamos de conocernos.

Los labios todavía me vibran de lo que me han hecho los suyos. ¿Qué ha sido eso? Un beso seguro que no. Voy a tener que tirar la ropa interior que tengo de lo empapada que me la ha dejado.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto cuando me suelta, luchando contra lo vacíos, solos, abandonados y tristes que se quedan mis dedos.

—*Dammi solo un secondo* —pide golpeando la puerta con los nudillos—. Estoy intentando mantener la boca cerrada para no asustarte.

—¿En qué sentido?

—En el de lo lejos que estaría dispuesto a llegar para que salieras conmigo.

—Pero antes has dicho que podía borrar tu número y… ¿estabas utilizando psicología inversa conmigo?

—*Con me sei al sicuro,* Cleo.

Mi padre abre la puerta con el plato de lasaña en la mano libre porque: él nunca interrumpe su comida.

Bajo. Ningún. Concepto.

—Cariño, ¿cómo está tu muela? ¿Muerta? D'Angelo, ¿ha pasado algo? ¿Tengo que asustarme? Es mi hija favorita.

—Estoy muy bien, papá. En realidad nosotros ya nos íbamos. Solo veníamos a decir hola y adiós —no sé si sueno convincente, pero la verdad es que no importa, porque Josh habla encima de mí.

—Quiero pedirle que me deje salir con su hija.

Y a mi padre se le cae el plato de lasaña al suelo. Salvo que aquí, el de los reflejos de Ethan Hunt en Misión Imposible, lo coge al vuelo antes de que se estrelle y se haga pedazos.

Resulta que mi padre adora a Josh y me doy cuenta porque tras el primer momento de sorpresa, aun sabiendo que es igual de protector que Nolan-Kane, me empuja hacia D'Angelo como si fuera la cabra que pensaba que nunca iba a poder vender porque es coja, tuerta y apenas da queso.

—Es muy bueno con los niños, si os va bien, podríais darme nietos.

—Papá, ¿es que se te ha ido la cabeza?

—No la asuste, señor Wilson —dice el capullo más seguro de sí mismo de la historia.

—También es bueno con los mayores. Es como si las personas vulnerables fueran su especialidad —dice llenándose la boca de

lasaña—. ¡Por no hablar de lo generoso que es sin que se sepa! En secreto, Josh es todo un…

—Drait —dice en tono tajante y mi padre hace un gesto en señal de disculpa.

—¿De qué estáis hablando? —pregunto, pero ellos comparten unas miradas más, sin responder—. ¿Hola?

—Tengo que volver a trabajar. Ha sido un placer verte, Drait. Cleo.

—Lo mismo digo, hijo —le dice mi padre mientras se aleja.

—¿Hijo? —rebuzno.

Apenas puedo asimilarlo y decidir a quién de los dos quiero pedirle explicaciones antes cuando Josh ya ha atravesado la mitad del jardín y mi padre me ha cerrado la puerta en los morros.

—Josh, ¡espera! ¡Josh! —corro hasta él.

—Cena. Esta noche.

—*D'Angelo*… —musito, me freno y sacudo la cabeza.

Es aterrador. ¿Cómo le digo que esto no es lo que quiere? Que mi corazón… no está bien. Que a duras penas se mantienen juntas las piezas y que lo que yo puedo ofrecer no merece la pena. Que nadie lo querría. Que es defectuoso, raro, pobre y que…

—Para.

—¿De qué?

—De lo que te estabas haciendo —acaricia mi frente con el pulgar y me asusta el hecho de que parece que me conoce desde hace más tiempo del que yo he vivido.

—Pero es que no sabes dónde te estás metiendo. Si este es tu espíritu competitivo que solo quiere ganar un pulso, te convendría retirarte porque como premio de consolación puedo tener un pase, pero c… —todos mis argumentos colisionan en una hoguera de electricidad apoteósica cuando su boca choca contra la mía. Otra vez. Su lengua me encuentra y me pide que no vuelva a emprender el camino que lleva a semejantes palabras y yo… yo me rindo. A él.

Al beso. A lo que siento por un total y absoluto desconocido. Le hundo las manos en el pelo, me pongo de puntillas en un intento de acercarme más y cuando se separa, sé que nunca voy a tener suficiente. Que acabo de probar la droga más adictiva del mercado —. ¿Piensas hacer eso cada vez que entre en una espiral de emociones?

Endurece la mandíbula, recriminándome cantidad de cosas con su iris implacable mientras el resto de su cara parece estar luchando contra las ganas de comerme entera. Aquí, en mitad del jardín, a plena luz del día.

Nunca me he sentido tan guapa como ahora mismo y no importa nada que esté hecha un desastre.

—*Sai che profumi di cocco? Mi fa impazzire.* —Pega su frente a la mía.

—¿Qué es *impazzire*?

—Loco. Tu olor me vuelve loco. Y sí, me gustaría frenar tus dolores de cabeza. Aunque hoy me contentaré solo con alimentarte.

—Lo dices así, como si fuera lo más normal del mundo soltarle semejante barbaridad a una desconocida.

—¿Desconocida? —pregunta como si fuera adorable por mi parte usar esa palabra, como si ni siquiera fuera a molestarse en rebatírmela.

Es odioso.

Quiero saltarle encima.

—Cierra la boca.

—Solo si tu abres la tuya.

—Vuelve a decirme eso y voy a empezar a imaginarme *cosas,* D'Angelo.

—¿Cosas? —sonríe alzando las cejas.

—Razones por las que podrías pedirme que la abriera y mucho.

—*Joder, Cleo…* —Traga saliva poniéndose serio.

Me he pasado. ¿Por qué no puedo cerrar la bocaza si lo que siempre se me ha dado bien es callarme las cosas? No me permite reprimirme. Ni inhibirme. Este chico es el diablo.

Josh me acaricia las mejillas y me besa en la frente, y le odio por no atacar mis labios y por no arrancarme la ropa. *Dios, hace demasiado que no me acuesto con nadie.*

Es eso lo que ocurre. Solo eso. Nada más.

—Por favor, no te vayas de Mountville. Cena conmigo esta noche —vuelve a mostrarse como si fuera yo la que le estaría haciendo un favor de aceptar esa cita.

—¿Quieres que vaya a la clínica o…?

—Pasaré a buscarte a las ocho. —Funde sus labios con los míos una vez más y se aleja de mí justo antes de que mis rodillas cedan.

Necesito averiguar quién demonios es este hombre.

Ya.

10

D'Angelo





Llego al hospital y voy a su despacho porque sea a la hora que sea él siempre está allí. A veces, su mujer también. Y su hijo. Creo que su familia está al corriente de su adicción a ayudar a la gente.

Golpeo la puerta con los nudillos y me hace pasar.

—¿Querías verme, Nolan-Kane?

—Te cuelgo. Láhria Taylor, estoy muy cabreado contigo. Exacto. Sí. Adiós. —Cuelga de malas maneras y le alzo una ceja.

—Puedo volver en otro momento.

—No hace falta, pasa.

—¿Todo bien? —cierro tras de mí.

—Mi hermana pequeña se ha comprado un coche cutre y viejo que un día va a darme un disgusto. Pero claro, ella «quiere ser independiente». Somos huérfanos, ha nacido independiente —dice el tío que está claro que no la ha dejado mucho sola—. Debería tener cuidado. Si no por sí misma, por la perturbada que la sigue a todas partes.

—¿Otra hermana?

—Casi, una mejor amiga. Cleo se subiría a un cohete hecho de plutonio si es Láhria quien lo conduce. ¿Una dice de atracar un banco? La otra compra los pasamontañas. ¿Una quiere hacerse un tatuaje a las tres de la mañana? La otra busca al primo de un amigo que tiene una máquina en casa.

—Eso es lealtad.

—Excesiva lealtad. Cuando mi hermana tenía la entrevista más importante de su carrera y el tío de la tintorería se negó a darle su ropa porque había perdido el recibo, Cleo la robó. Eso sí, dejó una buena propina para que no las denunciara. Y cuando mi hermana tenía que enseñar a una panda de chavales de instituto a hacer la reanimación con un muñeco y se puso nerviosa porque iba a estar

su superior con ella, ¿quién fingió ser la profesora de matemáticas durante toda la hora solo para hacerle compañía?

Joder, suena bien. Muy bien.

No se lo digo porque quiero conservar la vida, pero es… toda una carta de presentación.

—Y se olvida de su propia salud cuando Lay está enferma, así que siempre que cae una la otra la sigue poco después. Es un sinsentido. A veces dudo si se retroalimentan la locura la una a la otra.

—Tener amigos es saludable —carraspeo cuando se me escapa la risa—. ¿Para qué me has llamado?

Se acuerda y se le arruga aún más el rostro. Joder, este tío impone que te cagas.

—¿De verdad me has hecho una puta transferencia? —resopla y da un golpe en la mesa—. Voy a tener que explicarte cómo funciona vivir en un pueblo, por lo que veo.

—¿Debía venir aquí? —alzo una ceja.

—Joder, sí. Rossy May y su madre están en la sala cuarenta y dos. Vamos a ir a darle la buena noticia, juntos —lo dice así, tan cabreado, que «buena noticia» pierde fuelle.

Este tío me cae bien. Es curioso. Un gruñón, eso sí. Su mujer no, ella es un encanto. Una vez Nina me dijo que si tuviera cuatro años menos, sería perfecto para su hijastra. Por lo visto Nina es la madrastra de Láhria, que es la hermana de Nolan-Kane, que es su… marido.

Yo tampoco entendí nada.

Salimos del despacho de Taylor y vamos hasta la sala en cuestión. Entro primero y le dedico mi mejor sonrisa a la pequeña.

—Estoy buscando a una niña mayor a la que le han estado haciendo pruebas, ¿alguien sabe dónde puedo encontrarla?

—¡Yoooo! —Rossy May alza los brazos desde su camilla, chapurreando palabras que apenas entiendo.

—Pero qué valiente eres, Rossy. Eres una superheroína, ¿a que sí?

—Josh. Gracias, gracias. No puedo expresar lo que… —La madre de la pequeña se abalanza a mi cuello y me abraza con fuerza.

Ni rastro de Nolan-Kane. ¿Darle la noticia juntos? Mis cojones, este se ha chivado.

—Está bien, tranquila.

—N-nunca podré agradecéroslo suficiente —susurra palabras de gratitud llorando a moco tendido y entonces, solo entonces, el

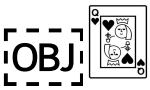
médico se digna a aparecer.



En aquel entonces no tenía ni idea, pero ese día… ese día empezó todo.

11

Wilson



—¿Papá? —entro en casa a zancadas.

—Estoy ocupado —oigo pisadas rápidas.

—¡Tienes que contarme lo que sabes de él! —lo alcanzo.

—No puedo. Tengo que irme a trabajar. Adiós, cariño. —Me da un beso en el pelo, pero extiendo los brazos y me anclo al marco de la puerta como cuando era pequeña.

—Tú nunca te das tanta prisa en volver al trabajo. Recupera tu lasaña y desembucha.

—No puedo. —Se tapa los ojos—. Hija, no debería saber lo que sé. Lo sé por accidente. Mira, hice una promesa, pero a ti no puedo negarte nada, así que si insistes…

—Insisto.

Exhala.

—Habla con Nolan-Kane primero. Él es quien está haciéndolo todo desde las sombras con Josh. Si no quiere contártelo él, deberías tomar la decisión de dejarlo estar.

—¿Pero si te pregunto…?

—Te lo contaré todo porque soy un hombre muy débil con la única descendencia que tengo.

Le doy un buen abrazo y me siento una mala hija. *¿En qué demonios estaba pensando echando de menos a mi madre ausente solo porque voy a graduarme? Papá y yo estamos genial juntos. Él es todos los Wilson que necesito.*

—Por favor, termínate la lasaña. Te quiero —le doy un apretón, salgo de casa y cojo el sendero de flores silvestres.

Este lugar es un paraíso. Uno que me ha visto crecer. No me puedo creer que haya pasado tantos años lejos de aquí, apenas viniendo de visita. La vida pasa demasiado deprisa, pero nos oigo a Lay y a mí jugando, riendo, corriendo de un lado para otro. A Nina apareciendo un verano y agrandando la familia Taylor y de paso la Wilson con sus hermanastras. *Y ahora somos muchos más…*

Al llegar al hospital, vuelvo a colarme.

—Dos veces en un día, oye, si estás empezando a confundirme con mi hermana voy a tener que dibujar una línea entre nosotros. Yo *no* voy a pintarme las uñas contigo.

—Necesito hablar de Josh D'Angelo.

Suelta la carpeta que tenía en las manos y me señala con el índice.

—Tiene cuatro años más que tú. No saldrás con él.

—¿Quién es Rossy May?

—¿C…? ¿Cómo conoces ese nombre?

—Lo he oído por ahí. —Ocupo una de las sillas frente a su mesa —. Es un libro abierto, pero se ha cerrado cuando la he mencionado. Es el único hilo del que aún no he tirado. Si sabes algo, por favor, cuéntamelo.

—No.

—No voy a irme si no lo haces.

—¿Me estás amenazando? —Todos sus tatuajes en el cuello, sus años de experiencia y el rol que ha ejercido en mi vida le ayudan a ganar un par de centímetros de altura.

—¿Puede que un poco, pero con un montón de respeto y educación? —pregunto encogiéndome en mi asiento—. Por favor, es importante. *¿Porfi?*

Exhala.

—Rossy May es una niña de cinco años que nació con una malformación en la cabeza. Ha tenido muchos problemas en la mandíbula y Josh lleva un año y medio tratándola. Cada día era más evidente que necesitaba una operación que su madre no puede costearle. El padre de Rossy May se largó en cuanto nació y la madre está sola. Trabaja de camarera y no tiene mucho dinero, pero si no hacemos nada… Su hija dejará de poder ingerir alimentos, de hablar de un modo que se entienda, y la cosa no hará más que ir a peor en unos meses —carraspea—. Así que bueno, Josh… —carraspea otra vez—. Él desconocía que a veces invierto en casos del hospital que no…

—¿Te pidió que pagaras la operación de Rossy May?

—Me comunicó que iba a pagársela él. Hace unas semanas vino para preguntarme cuál era la mejor manera de darle la noticia a la madre y buscar el modo de poner en marcha los preparativos para que la espera no fuera muy larga. Le pedí contribuir y la pagamos a medias.

—¿Josh hizo eso? —musito con un hilo de voz.

—Y no es la primera vez. Es muy buen tío. Aunque mayor para ti.

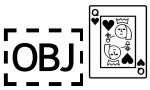
Me trago las lágrimas, me inclino y le cojo las manos.

—Tú también eres una buena persona, Nolan-Kane Taylor. —Le planto un beso en el dorso de las manos y desaparezco de su despacho.

Tengo una cita para la que prepararme.

12

Wilson



Son las siete cuando empiezo a deambular por el jardín, aburrida, ansiosa. Yo tenía un plan: vestirme muy provocativa para la cita, acostarme con Josh, esperar a la mañana siguiente, comprobar que no iba a volver a llamarme y olvidarme de tooodo lo sucedido.

Pero Rossy May… esa niña lo ha cambiado todo.

Por eso llevo la camiseta de mi flor favorita, el cyclamen, con una de las faldas que más me gustan. ¿Le gustará a él? *Madre mía, cuando creía que hoy ya nada podría ponerme más nerviosa, ahora resulta que quiero causar una buena impresión.* Qué sinsentido, se suponía que iba a largarme de aquí a mediodía. «Por favor, no te vayas de Mountville. Cena conmigo esta noche», repite su voz en mi cabeza.

Justo entonces, en mitad de mi huracán emocional, me suena el móvil. Una videollamada. En cuanto veo de quién se trata, descuelgo sin pensar.

—Solo llamaba para saber cómo está tu diente y tu nervio —se justifica mi mejor amiga haciendo una mueca—. No me gusta nada no haber podido acompañarte.

—Tenías un examen y yo solo iba al dentista. Estoy como nueva. —*Empastillada, pero como nueva.*

Dudo que pueda cenar nada, pero como nueva.

—Ya, pero después de ponerle la orden de alejamiento a Antea…

—Hace semanas de eso, ya ni me acordaba.

—Cleo.

—Vale, sí lo he pensado un par de veces desde que aparqué aquí. Es inevitable.

—No voy a dejar que pienses en ella en la graduación, que lo sepas. Voy a monopolizar toda tu atención como una buena egocéntrica necesitada de mimos. Y Nina nos hará fotos con los vestidos. Y Ridelmunt llorará porque a sus ojos hemos crecido muy deprisa. Y yo te repetiré una vez más lo afortunada que me siento de que seas mi mejor amiga. ¿Te he dicho cuanto te quiero últimamente? ¿Estás… llorando?

—Eres tonta, Láhria, claro que estoy llorando. ¡¿Cómo me dices esas cosas?!

—Ya está, que le den a mis finales, voy a por ti —empieza a correr al otro lado de la pantalla.

—Oye que no somos novias, ¡corta ya el rollo!

—¡Somos hermanas, que es más que novias!

—Te cuelgo. No vengas. Adiós.

—No puedes colgarme sin antes decirme de qué narices iba el mensaje de antes —se frena jadeante, porque su forma física da pena—. ¿Ha pasado algo en el dentista?

—Un poco de luscus-muscus.

—No empieces con eso. Desembucha o voy a Mountville.

—Pero no tengo nada que contar, aparte de los castres-mastres.

—Voy para allá.

—¡Me rindo, me rindo! —exhalo, asiento y me dejo caer sobre la hierba—. La verdad es que ha pasado algo...

—¿Bueno?

—Terrible.

13

D'Angelo



—¿De verdad has despedido a mi hermana? —pregunta Antonella Bianchi en italiano, entrando en la clínica cuando estoy a punto de cerrar.

—Ella se lo ha buscado —bajo la tapa del portátil y lo guardo tras el mostrador.

—No puedes tener tan poca vergüenza —arrastra sus chanclas de forma sonora hasta mí—. Ella estaba aquí antes que tú.

—Pero yo soy su jefe. Uno que ha intentado por activa y por pasiva dejarle claro unos límites que no debía cruzar y que ella ha decidido ignorar.

—Dale otra oportunidad.

—No.

—Eres un…

—Los actos tienen consecuencias, Antonella. Para todos. Ahora si no te importa —muevo la cabeza hacia la puerta porque tengo prisa y muy pocas ganas de lidiar con ninguna de las Bianchi.

—Olvídate de volver a pisar mi restaurante, cretino —da un manotazo al jarrón que hay junto a la entrada, lo tira al suelo y se hace añicos.

Cualquier otro día habría llamado a la policía, pero hoy lo único que me importa es no llegar tarde. Recojo los cristales, salgo de la clínica y paso por casa. Me ducho, me visto y conduzco por encima del límite de velocidad por la carretera hasta su casa porque estoy… joder, emocionado como un crío la víspera de Navidad.

Una gran parte de mí esperaba que se hubiera largado. *Pero está ahí, esperándome.* Sonrío como un gilipollas mientras apago la radio justo después de que termine el épico puente de Shake It Off que, por supuesto, conozco de memoria.

Tengo el pulso aceleradísimo.

No debería saber que durante sus meses de prácticas como profesora, perdía el autobús de vuelta a la residencia día sí y día también, con tal de quedarse a repasar con una de sus alumnas rezagadas. Ni que le personalizó una camiseta con #LasMatemáticasMolamos como aliciente.

Tampoco debería saber que Cleo se dedicó a inventarse canciones para que los niños recordaran fórmulas, ni que enviaba dichas grabaciones a los padres de los alumnos, sin vergüenza alguna. Y mucho menos debería saber lo preciosa que se pone cuando tiene miedo y lo afronta como una campeona. Ni lo fácil que es para ella mostrarse vulnerable y natural en un mundo de hipocresía y falsedad.

Pero lo sé. Igual que sé que no he conocido nunca a nadie como ella.

Agradezco a Nolan-Kane cada detalle que me contó sin darse cuenta siquiera de lo que me estaba haciendo.

Toco el claxon y a Cleo se le cae el móvil en la cara. Su carcajada se corta y suelta un agudo «¡au!». *Soy gilipollas.* Casi arranco la

maneta de la puerta del tirón que le doy.

—Lo siento, no quería asustarte. ¿Estás bien?

—Sí, pero sería gracioso que me hubiera roto un diente y que tuvieras que volver a pincharme ahora que se me ha pasado el efecto de la anestesia, ¿eh? Tendrías que darme de cenar con pajita.

—Un diente roto da mucha personalidad a una sonrisa, *coragiossa.*

—Estaría horrorosa.

—Sì, possiamo fingere che tu abbia la capacità di esserlo.

—¿El italiano ha sido siempre tan sexy? —pregunta una voz femenina que no ha salido de la garganta de Cleo.

Solo entonces, cuando ambos desviamos la mirada hasta su móvil, veo que no estamos solos.

14

D'Angelo



Llevamos un buen rato con el primero, pero no parece que ninguno tenga prisa en comer. He venido a este restaurante más veces, pero no sé qué he pedido, ni qué estoy bebiendo, pero lo que sí sé es que Cleo se limpia las comisuras de los labios cada tres bocados, que se come lo que más le gusta primero y que tiene la risa más preciosa que he oído en mi vida.

—Entonces, ¿tienes paciencia con los niños?

—Hay que tenerla para este trabajo y mucha mano izquierda. Pero son una delicia. Tan curiosos y preguntones… Me… ¿está mal decir que me hacen gracia?

—Fatal, *furbacchiona*—reprimo las ganas de sonreír como un tonto.

—No, no en plan burla —dice riendo—, me refiero a que… son sinceros y vulnerables, la mayoría adorables como para comérselos y

todos… todos merecen la pena. Sin excepción. Los menos simpáticos suelen tener razones complicadas en casa, cargas que un niño no debería tener.

¿Quién iba a decirme a mí que la empatía podría ponerme tan cachondo?

—Encima puedo hablarles de lo que más me gusta y resolver problemas con ellos —continúa—. A veces me sorprende de verdad que este sea mi trabajo.

Es una suerte poder preguntarle cosas de ella y fingir que las sé porque me las está contando y no por las sutiles preguntas que le hacía a Nolan-Kane sobre ella.

—Perdona, ¿estoy hablando mucho?

—Muchísimo.

—No, pero dilo como si fuera algo malo. —Me da un toque con el índice a la mano que tengo sobre la mesa.

La delicadeza nunca me había puesto tan cachondo. El coco tampoco. *Jooooder*.

—*Hai un modo di parlare che incanta.*

—Eso, quéjate. Ponme verde. Quédate a gusto. —Se coloca un mechón de sedoso pelo oscuro tras la oreja, pero vuelve a caérsele, y renuncia—. Dime cuánto hablo.

—*Tantissimo. Moltissimo.*

—Ya está, decidido, mañana empezaré a exigir a todos mis conocidos que reconozcan, asuman y acepten lo bilingüe que soy.

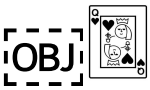
Oigo mi propia risa. Me inclino y la aparto el mechón antes de que se lo manche de comida. Sé que solo es una excusa para tocarla, pero teniendo en cuenta que mis ganas de besarla podrían consumirme hasta matarme aquí y ahora, diría que lo estoy sobrellevando bien.

—Gra-gracias —musita poniéndose roja.

Y es, oficialmente, la mejor cita que he tenido nunca.

15

Wilson



Josh es curioso, de la clase de persona que diría que su color favorito es el pistacho en vez del azul, que es el de todo el mundo.

Y se viste jodidamente elegante a pesar de que el noventa por ciento de su tiempo lleva una bata blanca encima de la ropa. Le gusta el ajedrez y recuerda todo lo que sale de mi boca, como si cada palabra pronunciada fuera el evento del siglo y eso que yo siempre he sido de decir muchas tonterías.

Levamos horas en el restaurante. *Horas.* Están a punto de cerrar y somos los únicos que quedamos, pero la verdad es que yo… *dios, no quiero irme.*

No quiero que esto termine. Siento que acabamos de llegar, de sentarnos. Estoy llena, pero podría fingir que no, con tal de alargarlo. Oigo los dichosos violines en mi cabeza. No sé en qué burbuja estoy metida. No lo sé, pero quiero pedir muebles a IKEA,

decorarla a mi gusto y quedarme aquí para s-i-e-m-p-r-e. He ahogado a la voz de mi miedo con cada historia que me ha contado Josh de su paso por la universidad, de su infancia en Italia. Atesoro cada detalle y él…

Josh está mucho más relajado que esta mañana. Y resulta que me vuelve loca esta versión cercana del dentista, accesible y aun así, intimidante de narices. Me pirra.

Es el hombre más guapísimo que he visto nunca y huele como para matarme de un orgasmo olfativo. La seguridad que tiene en sí mismo es digna de que lo estudien y es… *joder*, es muy divertido. Interesante a rabiar. Y mis hormonas… maldita sea, mis hormonas están zarandeando una bandera con su cara y gritando «pídeme salir, ¡¡pídemelo ya!!».

El camarero viene con la cuenta, la deja en la mesa y cuando ambos decimos «con tarjeta» se marcha a por el datáfono.

—Invito yo —dice poniendo su móvil en la mesa, demostrando que tiene uno por primera vez en toda la cena.

El tío no lo ha mirado ni para saber la hora. Me ha hecho sentir importante.

—¿Por qué tú? —frunzo el ceño.

—Porque tú estás estudiando y yo trabajo desde hace años.

—Bueno, sí, pero…

—Porque aunque la brecha salarial ya hubiera desaparecido, que no es así, eso no cambia lo sucedido en las últimas décadas en las que los hombres llevamos cobrando más por *el mismo* trabajo. O siendo los únicos con acceso a un trabajo de salario superior.

Emito sonidos.

En ningún caso podrían considerarse palabras.

Pero sonidos sí, ufff, muchos.

—Y sobre todo, porque ambos sabemos que me has hecho un favor al aceptar cenar conmigo, Cleo. Que estás absolutamente fuera de mi alcance y que el único buen uso que se me ocurre para mi pasta es verte a ti comer.

Infaaaarto.

—Entonces, ¿no eres uno de esos? —tanteo, intentando controlar mis babas, sin poder hacer nada con el aceleradísimo ritmo de mi pulso.

—¿De esos?

—De esos que esperan que por invitar a la cena, la chica se acueste con ellos a cambio. Que la chica "se lo debe" —contengo la rabia que me da eso porque no quiero cargarme el buen rollo de la cita.

—Cleo, ni aunque te comprara una puta casa me deberías *nada*. Esos energúmenos que creen que invitar es sinónimo de pagar por un servicio, confunden a las mujeres corrientes con prostitutas en horario de trabajo y si Darwin tenía razón, la selección natural se encargará de ellos y en un par de décadas, ya no quedará ninguno.

Me estoy riendo. A carcajadas.

Tapándome con la servilleta para no armar un escándalo.

He tenido que pellizcarme un montón de veces a lo largo de la cena para saber si esto estaba pasando de verdad, pero esto… esto ya es lo que faltaba.

—¿He dicho algo gracioso?

—No, no, perdona. Es que… soy matemática, he estado muchos años rodeada de hombres que creían que por ser una chica no sabía hacer raíces cuadradas sin calculadora. Necesito ambas manos para contar a todos los que me han dicho, literalmente, «calladita estás más guapa, Wilson». La igualdad resulta refrescante.

—¿Podrías darme sus nombres? —el enfado reluce en sus ojos, en lo tensa que está su mandíbula.

—¿Cómo?

—Los que dijeron eso. Y si hubo más, también. ¿Podrías dármelos?

Cruzo las piernas. Las junto, las aprieto.

—*Josh* —jadeo.

—Hablo en serio.

Diosdiosdiosdiosdios. Antes de que mi cuerpo entre en combustión espontánea, el universo decide echarme un cable y manda al camarero. Aprecio la amabilidad con la que habla al camarero al que apenas mira, porque está muy ocupado atravesándome con su iris de fuego.

—Gracias por invitarme.

—No hay de qué. —Sacude la cabeza una vez.

Así, reclinado en su silla, con la mirada brillante y su presencia siendo lo más imponente que he visto nunca, me doy cuenta de que nunca me he sentido más atraída por alguien. Con un roce de nuestros dedos Josh ya podría mandarme al otro barrio.

—Entonces —carraspeo—, ¿tú no crees que los hombres y las mujeres seamos iguales?

Sonríe de manera torcida.

—¿De verdad quieres abrir ese melón?

—Ese melón ya está bien abierto. Lo que quiero es terminar de comérmelo.

¿Soy yo o todo lo que digo suena sucio?

—Está bien. No, no lo creo.

—Justifica tu respuesta.

—Creo que hombres y mujeres tenemos que tener los mismos derechos —mueve la mano al enumerar—. El mismo derecho a voto. El mismo derecho a las grandes oportunidades laborales. El mismo derecho a cobrar por tu trabajo y no por lo que tienes entre las piernas. Pero no somos iguales. Los hombres generamos más calor corporal, si yo me quedo con mi chaqueta porque "somos iguales" es que soy gilipollas. Los hombres somos más altos y fuertes por naturaleza, si no te abro el tarro de pepinillos cuando tú no puedes, es que soy gilipollas. Si me quedo al margen cuando estás en una situación de peligro de la que podría defenderte, debería ser castigado como cuando un médico no socorre a un herido.

—Pero yo sé defenderme sola.

—Entonces me quedaré lo bastante cerca para ver si puedes sola y si no es así, seré el primero en dar un paso adelante.

—Entiendo a lo que te refieres. Hay cosas que vosotros podéis hacer que nosotras no.

—Y viceversa.

—¿Hablas de la maternidad?

—Y a tener una inteligencia emocional superior —dice quedándose con mis bragas—. ¿Qué crees tú?

—Creo que biológicamente no podríamos ser más distintos. Y que eso está bien. A mis ojos, es lo que hace del mundo un lugar interesante. Nos complementamos. Pero también creo que a la sociedad se le ha dado demasiado bien convertir nuestras diferencias en armas para justificar la desigualdad a la hora de poder votar, trabajar o decidir.

—Es cierto.

—Es complicado.

—Mucho.

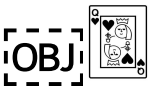
—Me da que no vamos a solucionar los problemas del mundo en una noche, D'Angelo.

—Tendremos que seguir insistiendo —dice con una promesa en los ojos y yo sonrío porque me muero de ganas.

Entonces su móvil suena y la policía de Mountville nos arruina la cita.

16

Wilson



El buen rollo insinuante de la cita se ha caído de la mesa como una copa rota. La noche acaba de dar un giro de ciento ochenta grados. Josh me tiene en ascuas mientras habla por teléfono, pero me lo explica todo en cuanto cuelga y… madre mía.

Pensaba que dadas las circunstancias, se largaría del restaurante sin mirar atrás, pero me coge de la mano como si no estuviera dispuesto a renunciar a la cita todavía. Y yo tampoco.

—¿Esto había pasado antes? —pregunto ahogada en preocupación desde el asiento del copiloto.

—No, nunca —conduce pisándole al acelerador.

Por suerte su clínica no está lejos del restaurante. Al llegar, las luces rojas y azules colorean la fachada blanca.

—Puedes esperar aquí, si quieres —dice desabrochándose el cinturón, pero yo ya he abierto mi puerta y bajado de un salto.

Esta vez soy yo quien le coge de la mano a él.

Han entrado en su clínica. A robar, imagino. Le han roto los cristales de la entrada y todavía está por ver si le han jodido o robado algo de material.

—¿Quién narices podría querer hacer algo así? Que esto es Mountville, que nos van las palmeras, los mojitos, la tranquilidad y el cotilleo —maldigo por lo bajo y él es el único que me oye, pese a que le están preguntando si tiene cámaras de seguridad.

Las tiene.

Mientras la policía las comprueba y descubre que no se ve una mierda porque la persona iba bien tapada, yo llamo a todo dios. Si algo aprendí de Nina Taylor, mi maravillosa tía postiza, es que cuando la justicia se vuelve escurridiza, tienes que tomar *cartas* en el asunto.

Nunca mejor dicho.

17

D'Angelo



Sé quién me ha reventado los cristales.

El problema es que no tengo pruebas. Pero las tendré cuando vaya a verlas.

Me despido de la policía y camino hasta Cleo, subida en el asiento del copiloto, con el ceño fruncido y la cara pegada al móvil.

Estoy cabreado y decepcionado porque haya pasado esto precisamente esta noche. Me importan una mierda los cristales, pero joder, la cita sí me importa. Quiero disculparme, pero no tengo oportunidad porque Cleo empieza a decirme todo lo que ha averiguado casi sin respirar. Por lo visto, ha estado escribiendo y llamando a vecinos, a dueños de establecimientos cercanos, a todo el mundo.

—…y puede que no sepamos mucho acerca de quién ha cruzado el puente de flores lilas, pero estoy segura de que mañana tras su

yoga al amanecer, Lora podrá hacer sus investigaciones y darnos algo suculento. Vamos a solucionar esto. ¿Por qué me miras así?

Porti il sole anche quando piove.

Inhalo profundamente el aroma dulzón de su piel, coco mezclado con… joder, no lo sé, magia, supongo. Mi corazón golpea tan fuerte que parece estar a punto de escapar de mi cuerpo y ella debe verlo. Lo digo porque abre y cierra la boca varias veces, como un pez que boquea en busca de oxígeno. *Igual es que se lo he dicho en voz alta, que trae trae el sol incluso cuando llueve, y la he asustado. ¿En serio la he cagado tan pronto?*

—Yo… Gracias.

Tengo tantas ganas de besarla que podría morirme.

Por eso al hablar, mi voz sale tres octavas más grave que de costumbre.

—Te llevaré a casa. —Cojo el volante, pero ella frena mis manos.

Sacude la cabeza.

—¿Por qué no me llevas a la tuya?

La pregunta atraviesa el aire como una descarga eléctrica densa que se mantiene en mi pecho y hace mi cuerpo arder. Me había prometido que después de meterme en su boca, iba a tomármelo con calma. Me lo había prometido, pero siento que estoy perdiendo el pulso conmigo mismo.

—Solo si te apetece —musita mordiéndose el labio, inclinándose hasta depositar un leve beso en mis labios.

Soy débil, muy débil cuando se trata de ella.

Le hundo las manos en el pelo y tomo posesión de su boca. Mi lengua resbala por la suya y quiero follármela. Aquí y ahora. Hacer que se corra hasta desmayarse. Que solo coja aire para gritar mi nombre y romperse en el orgasmo.

Pega su cuerpo al mío y con el primer roce de sus pechos ya tengo la erección del siglo en los pantalones. No doy crédito a lo que me hace. Esto no es solo atracción, joder, es otra cosa muy distinta. Una ristra de sonidos de placer corean el sonido obsceno de

nuestras bocas y justo entonces decide que mi casa está muy lejos. Se sube a mi regazo. Mis manos llegan a su culo y en cero coma soy yo quien la está frotando contra mi polla.

—Quiero matarme en tus curvas —le digo en italiano y aunque no me entiende, sí parece entender la opinión de mis manos, de mi puta anatomía al completo.

Se estremece.

—*Josh. Josh*…

Su respiración se vuelve más entrecortada cuando cuelo las manos bajo su falda. Toda la piel que encuentro es de puto terciopelo y sé que no tengo vida para todo lo que quiero lamerle. Acuno ese redondo y perfecto culo que ha venido a este mundo a ponérmela de cemento.

Estoy comiéndole el cuello, besando justo el latido de su corazón, cuando pasa.

Se tensa, se arquea y se aferra a mí. Se deja llevar con el orgasmo y se corre. Grabo en mi retina hasta el último movimiento y estoy a puto suspiro de seguirla. A ese nivel me ha puesto cachondo.

—Yo… tengo experiencia —dice cuando se recupera—. Esto no es algo que suela pasarme. Suelo tardar *mucho*.

Oigo mi risa mientras le aparto el pelo de la mejilla enrojecida y la beso.

—¿Mucho? No es eso lo que parece.

—Cierra la boca, D'Angelo.

—Solo si tú abres la tuya, Wilson.

El beso se vuelve sucio bien rápido. *Joder, quiero que Cleo sea la única hidratación que tenga cada día. Quiero beber del manantial que habita entre sus piernas hasta ahogarme.*

—Nunca había tenido un orgasmo vestida —jadea en susurros.

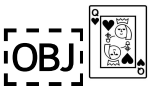
—Pues algo me dice que podrías volver a tener otro con facilidad. Vas a correrte otra vez en mi regazo, ¿a que sí? —hago que resbale por mi polla para volver a subirla y generar fricción.

La froto contra mí mientras ella mueve las caderas y probablemente mañana me odie por dejarle marcas en el culo de apretarle tanto, pero ahora solo dice que le encanta, que siga, que lo haga más fuerte, más rápido.

Y yo… yo he encontrado mi propósito en la vida.

18

Wilson



El sexo era otra cosa. Era algo que estaba "bien", pero que comparado con una tarta de chocolate, dejaba mucho que desear.

Pero el sexo con Josh es mejor que todos los postres de este planeta juntos. Y eso es mucho decir teniendo en cuenta que ni siquiera nos hemos visto desnudos. Después de regalarme un orgasmo que me ha sacudido a un nivel celular, hemos seguido frotándonos hasta que nos hemos corrido. Los dos. ¿Los gruñidos que hace mientras se corre? Los quiero en vena. ¿Su forma de besar? Eso quiero que alguien me lo tatúe.

No puede hacer veinticuatro horas que conozco a este hombre.

Es imposible.

Jadeantes, conducimos hasta su casa. Y con «conducimos» quiero decir que él conduce y yo a duras penas consigo quitarle las

manos de encima. Yo no soy así, no soy tan fogosa, no soy salvaje. *Pero quizá ahora sí lo soy, porque se trata de… él.*

La casa de Josh es algo típico en la línea de Mountville. Una fachada blanca, dos plantas, muchas ventanas, ya sabes. El jardín está cuidado, pero sin pretensiones: jazmines trepadores por la valla y macetas de albahaca y romero en las escaleras.

Su casa como él: sencilla en apariencia pero con un magnetismo difícil de explicar. *Deben de ser sus raíces italianas*, me digo mientras me empotra contra la puerta que no consigue abrir y siento el tercer orgasmo construyéndose en mi sexo, en mi abdomen y en mi pecho.

—Atravesarla siempre es una opción —me río en su boca y él maldice de un modo adorable, como si fuera culpa suya que la llave no colabore.

Me tiene cogida en brazos mientras le rodeo la cintura con las piernas y su cercanía me intoxica. El hecho de que maneje con tanta facilidad, como si fuera liviana y no una persona de verdad, me hace *algo* dentro. Me pone. A un nivel primitivo y absolutamente loco.

—Solo para que conste —digo cuando me deja sobre su cama—, esto no es porque hayas pagado la cena.

—¿De verdad acabas de aclarar eso? —pregunta como si fuera ridículo que *yo* una de las partes partícipes de esta interacción no supiera ya que *ninguna* de las partes necesita palabras para llegar a un profundo entendimiento.

—Tienes una casa preciosa. —Me quito la camiseta y él la suya.

No llego a deshacerme de mi falda, sus labios están por todas partes. Tira de mi sujetador y succiona mis pezones hasta que estoy a punto de correrme otra vez, frenándose antes de que lo consiga. Hace que me retuerza de placer dibujando una línea descendente hasta que:

—¿Vas a portarte bien, Cleo?

Imposible.

Josh coge el dobladillo de mi ropa interior y la falda, y empieza a bajarlos juntos, con lentitud. Sé que me está dando opción a que lo

frene. Igual que sé que ni muerta voy a frenarlo. *Despeinado, con las mejillas enrojecidas y el deseo quemándole el iris está sexy a rabiar. Y quiero esto. Podría estallar de tanto que lo deseo.*

—Depende, ¿te gustan las chicas buenas o las malas? —me deshago de mi sujetador por completo y lo dejo caer al suelo.

—Mis gustos dependen de lo que tú seas. —Baja más—. Si eres buena, entonces me gustan buenas. —Un poco más—. Si eres mala, entonces me gustan malas.

—Soy buena.

—Sí que lo eres, sí. —Da el último tirón y me desnuda por completo.

Me come con la boca tan abierta como le da.

La ristra de sonidos guturales que emite su garganta solo podrían calificarse de animales. «El sexo oral no es nada del otro mundo para mí», me recuerdo, pero Josh D'Angelo bebe de mí como si estuviera muriéndose de sed, como si fuera un adicto a mi sabor y no alguien que acaba de probarme. No masturba mis terminaciones nerviosas: las aniquila. Las machaca.

—Dios, Cleo… —gruñe.

—Tócate —le suplico a sabiendas de lo que me hará verle darse placer mientras me devora.

No tenía ni idea que el simple hecho de que se saque la polla del pantalón, tan erecta y grande, tan apetecible, imponente y…

Mi estómago se contrae y me corro. Me salgo de mi cuerpo.

Él no, y eso que se toca hasta que vuelvo a romper en un nuevo orgasmo. No tiene límite. La ristra de palabras en italiano que suelta… *pfff, quiero que me las traduzca todas.*

—¿Puedo chupártela? —le pregunto al tirar de él hacia mí sintiéndome saciada y muy hambrienta a la vez.

—No —dice tajante.

—¿No?

Me coge las mejillas con una deliciosa posesión que me hace palpitar.

—No hay ni una puta neurona en mi cabeza que no sepa que voy a correrme si acercas tu boca a mi polla.

—¿Y qué hay de malo en…?

—No voy a correrme en tu boca, Cleo. Esta noche no. —Me besa con dulzura hundiéndome la lengua hasta el corazón, acabando con la discusión. Entonces apoya su frente contra la mía y con una nueva emoción en los ojos, pregunta—: ¿Te parece bien?

—¿Follar?

—Sí.

—Estoy a punto de ponerme a suplicar. Así de bien me parece.

No tengo palabras para expresar lo que siento cuando se yergue sobre sus rodillas para ponerse el preservativo. En mi lecho de muerte, fijo que me acordaré de este momento.

—*Potrei morire qui* —dice mirándome el cuerpo como si fuera su paraíso personal.

Está claro que el italiano es la lengua del sexo, porque le entiendo.

—Yo también podría morirme en este mismo instante. De hecho, si no espabilas…

No espabila.

Se queda en mi entrada torturándome el clítoris con los dedos, estudiándome, rompiendo mis récords de excitación. Agradezco los centímetros que atraviesan mi entrada como un oasis en el desierto. Esta vez sí accedo a tocarle. Rodeo su caliente y dura erección y no hago mucho, poco más que acariciarlo, masajearlo un poco y…

Mis manos están sobre la cama. Se tumba sobre mí.

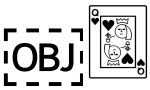
De repente sé que Josh d'Angelo se ha estado conteniendo en cada beso. *Lo sé* porque acaba conmigo. Es perfecto. Nos volvemos un solo ser, un animal intentando comer. Nuestras caderas

emprenden la lucha por ver quién tiene más urgencia y ansia del otro.

Juntos, nos prendemos como maldita gasolina.
Y vemos el mundo arder.

19

Wilson



El móvil me vibra con un puñado de mensajes de Lora y me despierto. Tiene noticias y tardo un poco en recordar de qué narices habla. *La policía, la clínica, los cristales… la cita.*

Un segundo… Ladeo la cabeza.

El hombre a mi lado en la cama, cuyo brazo está rodeando mi cintura, no debería tener *este* aspecto después de la mala noticia que recibió ayer y de lo que estuvimos haciendo hasta bien entrada la madrugada.

No, pero la tiene.

Y a mí me duele el corazón de lo rápido que me late. Tengo *esa* sonrisa impresa en la cara. Esa, la preocupante. La que tendría que hacerme echar a correr en dirección contraria a Josh D'Angelo porque sé mejor que nadie lo que supone tener las atenciones de alguien que te importa, y perderlo de un día para otro.

Pero ya es tarde para huir.

Lo fue en el momento en que pisé su clínica, mucho antes de los mejores orgasmos de mi vida. *Acabamos haciéndolo sin condón. Hace años que tomo las pastillas anticonceptivas y aun así, nunca lo había hecho sin condón. Hasta ahora. No tengo palabras para lo que he sentido, este tío no para de dejarme sin ellas.*

Salgo de la cama para responder la llamada de Lora sin despertar a Josh y me visto.

Me sabe mal irme sin más, pero resulta que Lora me está esperando delante de mi casa. Y eso que solo son las seis y media de la mañana.

«Escríbele un mensaje», me digo, pero mis dedos se congelan encima del teclado. No quiero escribir nada tonto, ni cutre, ni raro… Salgo de su casa dando zancadas rápidas, intentando peinarme y pensar en algo bueno que escribirle. «*¿Gracias?*». «*¿Que tengas un buen día?*». «*¿Me encantaría repetir si tú quisieras, por favor, por favor, llámame y pídeme salir en plan en serio?*».

—¡Cleo! —Lora me pilla a medio camino, como si supiera dónde estaba—. ¡Cada vez que vienes estás más guapa, Wilson! —me besuquea por toda la cara—. Qué alegría verte. Te he echado de menos.

—No sé cómo has tenido tiempo —nos vimos ayer.

—¿Qué tal con D'Angelo, pillina?

—En este pueblo no hay secretos —maldigo entre susurros.

—Ya sabes que no —me da un codazo—. Cuenta.

—No tengo comentarios que hacer al respecto. Ni siquiera lo he hablado con él.

—Esas cosas no se hablan, se sienten.

Sí, pues mi corazón ya podría sentir un poco menos, que me lo van a romper en cero coma. Dios. ¿Qué estoy haciendo? Debería bloquear su número. Debería volver a la universidad. Debería largarme sin mirar atrás y…

—Vale, vale, calma, chiquitina. Todavía es pronto, lo pillo. Vamos a sentarnos y a calmarnos un poquitín, ¿te parece? —Lora me arrastra a un banco y el cantar de los pájaros hacen el eco a las piedrecitas que crujen bajo mis deportivas.

—Estoy bien —digo, no sé si a mí o a ella. *¿Estoy hiperventilando?*—. Cuéntame, ¿qué has averiguado? Aunque siendo tan temprano, dudo que tengas…

—Algunos se cruzaron con Antonella Bianchi muy tarde, viniendo de esa zona y es sospechoso teniendo en cuenta que su bar está en la otra punta del pueblo.

Levi-Ryan debería haber fichado a Lora. Yo lo digo.

—¿Quién es Antonella?

—La hermana de Chiara.

Toma ya, que esa tía tiene hermana.

—¿Crees que lo ha hecho porque Josh ha despedido a su hermana?

—Es posible. No te puedes fiar de las Bianchi, tras sus sonrisas impolutas tienen muuuy mala baba. Por eso solo «cierta gente» va al bar de Antonella y a nadie en absoluto le sorprende que Chiara haya perdido su trabajo.

—Lora, ¿tienes pinchados los teléfonos de todo Mountville?

Se carcajea y a mí me vibra el móvil en la pierna. Lo ignoro.

—¿Se molestó mucho D'Angelo? —pregunta—. Debió saberle muy mal, reformó la entrada hace pocos meses para que los más mayores tuvieran un mejor acceso.

—Lo aceptó bien —digo recordando lo mucho que me puso verle en plan «lo de quejarme no es lo mío, yo solo pienso en soluciones».

Esa clase de hombre siempre ha sido mi… *cierra la boca, Cleo.*

—¿De verdad? —pregunta Lora extrañada, pensativa, mientras me vuelve a vibrar el móvil dos veces más—. Qué raro…

Mensaje de Josh Dentista

07:17 Soy mayorcito como para saber lo que significa una huída sin despedida.

07:17 Pero me gustaría hacerme el loco e invitarte a desayunar.

07:18 Tengo que acercarme a la clínica a cuadrar un par de cosas con el horario de visitas de la mañana, ¿nos vemos a las ocho?

No debería sentir mariposas.
Ni darme tanta prisa en contestarle.

Mensaje para Josh Dentista

07:19 No he huido, Lora me ha llamado para hablar de lo de ayer. Dice que un par de personas vieron a la hermana de Chiara rondar la zona a una hora sospechosa.

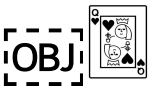
07:19 Me encantaría desayunar contigo. Lo cierto es que… Estos cuarenta minutos se me van a hacer eternos.

Oigo a Lora riéndose y me trae de vuelta a la realidad. Lo ha leído y aunque no, también lo sabría. Porque hasta yo lo sé. Que es muy posible… *no lo digas*. Que me haya enamor… *noooo lo digas*.

Estoy perdida.

20

Wilson



Ser fuerte no significa no romperse nunca. Significa ser resiliente. ¿Te rompes? Pues te reconstruyes y sigues. La vida va de atreverse. De arriesgarse a seguir los deseos de tu corazón aunque de muchísimo miedo.

Así que hoy voy a saltar al vacío. Y punto. *Que viva Italia.*

Me muero de ganas de desayunar con Josh, pero imagino que con el lío de la policía sería un inconveniente sacarlo de allí y no quiero ser un incordio. Así que compro algunas cosas.

Nada del otro mundo, mi peso en *croissants* de distintos chocolates, unos cuantos vasos de fruta, zumos… Pueda que parezca que llevo un picnic, pero *no* lo es. No es *nada.* Vale, quizá me he excedido en cantidad por estar pensando en lo que no debía mientras compraba. *¿Hablar con él será siempre así de fácil? ¿En*

algún momento voy a recordar cómo se respira? Pfff, Lay, socorro. SOS, te necesito.

De camino a mi destino, veo a Ridelmunt en la pequeña tiendecita de Ali y sus sombreros. Ha parado a un par de chicas que iban al instituto y cuando oigo la conversación y su tono vulnerable, se me parte el corazón.

—Niñas, vosotras sois jóvenes y lo sabréis bien, ¿soy vieja para llevar este sombrero?

—¡No!

—¡Claro que no!

—Señora Ridelmunt le favorece mucho el lazo azul que tiene.

—Sí, está muy guapa. ¡Cómpreselo!

Me cago en mi vida. ¿Ha dicho v-vieja?

¿Por qué se me llenan los ojos de lágrimas? ¿Es porque por primera vez en siglos soy consciente de lo mayor que es? ¿De que en momentos como este tengo que aceptar que no es eterna? *Joder, algunas personas deberían serlo. El mundo iría mejor.* Sorbo mis emociones y me acerco a ellas.

—Si vas a comprar lo que te queda bien, vas a dejar a Ali sin mercancías —le digo y las arrugas de su sonrisa se profundizan cuando me mira.

No será mi abuela, pero me ha querido como si lo fuera y el día que me falte… no volveré a ser la misma. Imposible.

—No puedo fiarme de tus gustos —refunfuña—. Para ti siempre estoy guapa.

—¡Será porque lo está, señora Ridelmunt! —exclama Ali desde dentro de la tienda.

—No se da cuenta de que es tan bonita por dentro que da igual lo que se ponga fuera, que no lo tapa —comento por lo bajini.

Le doy las gracias a las chicas y se marchan a clase. Le regalo el sombrero a Ridelmunt y la oigo quejarse de que las jóvenes como yo

no deben gastarse los ahorros en viejas como ella. *#LoQueHayQueAguantar.*

—¿A dónde vas con esa cesta de picnic? —pregunta después de coger el sombrero como si fuera un autógrafo de su actor favorito.

No voy a responder a eso, porque sé lo bien informada que está y no quiero entrar al trapo.

—Yo también tengo que ir a ver a tu dentista —sigue—. Espero que lo sueltes un rato para que trabaje… pero no mucho.

Su risa es la mejor medicina que hay.

—Ridelmunt —le cojo una mano—, has hecho fuerte a cada persona con la que has cruzado palabra en este pueblo. Mountville es Mountville por ti. No quiero que te des otro trato distinto a ti misma, ni que vuelvas a dudar de algo así. Si te gusta algo, lo que sea, llévalo, póntelo y disfrútalo. Tú nunca serás demasiado «nada» para lo guapa que te pones cuando sonríes así.

Le brillan los ojos y a mí… a mí me falta poco para llorar a moco tendido.

Todavía hay cristales en la entrada de la clínica cuando la cruzo. *A todo esto, sería muy fuerte si de verdad hubiera sido Antonella, la hermana de Chiara. Espero que no sea cierto. Chiara ha trabajado mucho tiempo con Josh. Debería tenerle cierto respeto y agradecimiento.*

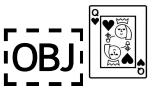
Giro la esquina del pasillo central y ni siquiera hace falta que entre en su despacho para verlo.

Verlos, en realidad.

Es como si toda la sangre del cuerpo se me cayera hasta los pies y que al mismo tiempo desapareciera por una herida abierta que acaban de hacerme en el pecho. Me quedo sin nada. Mi cerebro intenta rebobinar, evitarme el golpe, pero el ácido corrosivo vuelve mi dolor en una grieta real y profunda, y me desgarra entera.

21

Wilson



Chiara está completamente desnuda en el despacho de D'Angelo. Con él.

El cuerpo perfecto de la italiana, sus curvas suaves y provocativas, están expuestas bajo la luz de fluorescente. Tiene una mano en el pecho de Josh, que está sin camiseta, diciéndole algo en tono bajo, con la mandíbula tensa de las ganas que imagino que le tiene.

Ella lo mira como si no hubiera tiempo en su vida para saciarse de él y a mí se me para el corazón en seco. Mis ojos se inundan de lágrimas, demasiado ocupados con el shock como para preocuparse del orgullo de esconder la verdad. Un «no» casi inaudible suena en mi cabeza al tiempo que se me cae la cesta del brazo y el desayuno se desparrama por el suelo.

No puede ser.

Tengo la boca abierta, pero me he quedado sin palabras.

Ambos me miran, pero yo ya me he dado la vuelta.

Josh me llama. Dios, odio lo bien que sigue sonando mi nombre en su boca. El hechizo debería haberse roto ahora que sé que es veneno. Me falta el aire. Respirar duele. Existir duele. Me hago más y más pequeña, insignificante. Nadie me ve. Nadie me oye gritar.

Podría encararle, pedirle explicaciones, pero me largo de allí tan deprisa que me arden las piernas más incluso que la garganta. Me tiembla todo *y… joder, soy patética. De verdad me había hecho ilusiones.*

«*¿Pero en qué mundo te crees que vives?»,* pregunta la voz de mi madre en mi cabeza. *«¿De verdad creías que podrías interesarle? ¿Tú?».* Oigo el crujido de los cristales en bucle bajo la suela de mis deportivas a medida que me alejo.

No estoy a la altura del padre que tengo. No, porque en cuanto cojo el coche, me largo de Mountville sin mirar atrás.

22

L á h r i a

—Voy a matarlo. Voy a torturarlo hasta que esté medio muerto, a curarlo y luego a empezar otra vez.

Cleo vuelve a decirme que no le debe nada, que apenas se conocían, y a mí se me llevan los putos demonios. Ha llegado a media tarde, con el deposito de gasolina a cero y los lagrimones todavía frescos en sus mejillas. La muy maldita ha intentado fingir que todo iba bien, ha tenido la desfachatez de sonreírme, pero no hay *nada* que mi mejor amiga pueda ocultarme.

Verla desmoronarse así…

Imagínate ver a un precioso panda, pequeño y mono, jugando con sus hermanos. Adorable, vulnerable y muy feliz. Entonces imagina que venga un desgraciado, un desalmado con un bate, y lo muela a palos. Eso terrible que sientes ahora es lo mismo que siento yo al ver a mi mejor amiga llorar a moco tendido mientras finge que no pasa nada.

—En serio, en cuanto te duermas voy a coger el coche y a ir a Mountville.

—No lo conocía de nada, Lay. ¿Qué es un día?

—Es evidente que es el puto tiempo suficiente como para enamorarse de alguien. Aunque ese alguien sea un capullo que piense con la polla.

—Yo *no* estoy enamorada —dice abriendo los ojos con horror, pero está claro que no está lista para admitirse que no se te hinchan así los párpados llorando por alguien que no te importa.

—Deja que llame a mi hermano —me arrodillo frente al sofá del apartamento, le cojo las manos en pura súplica.

—Ni se te ocurra.

—Él podrá darle una paliza mientras yo llego al pueblo.

—Te lo he dicho, no puedes llamar a Nolan-Kane. Ni ir a Mountville por esto.

—Pues a mi madrastra. Nina podrá patearle con fuerza, es una Daughbeth. ¿Te acuerdas cuando nos defendió de la madre de Sarah Kimons cuando nos dijo de malas maneras que nos apartáramos del plano porque le jodíamos las fotos de su hija en el baile de fin de curso a los trece? Es muy protectora con los que quiere. Se lo merendará y no dejará ni los restos.

—No.

—¿Pero por qué no?

—Porque quiero olvidarme de esto, enterrarlo —sorbe después de aplastarse la nariz con un pañuelo—. No me duele tanto, en serio.

—Cleo…

—No, de verdad. Es solo que no me esperaba que se la follara después de haberse acostado conmigo. O al menos, no cuando habíamos quedado para desayunar. Podría haber esperado unas horas. Esto es culpa mía, fijo que malinterpreté su mensaje y lo que… —le tiembla el labio inferior—, lo que hicimos, la cita y todo. Lo entendí mal. Por la barrera del idioma, seguro.

—Malinterpretado mis cojones, Cleo. Es un cabrón de cuidado y le odiamos. Que se pudra. No, ¡que se muera!

—Eso es un poco drástico, ¿no te parece?

—Drástico es lo que le haría yo a ese m…

—Tengo un final de estadística pasado mañana —me interrumpe —. Y otro el día de después. Necesito estudiar. No quiero pensar más en esto. *No puedo* permitirme suspender. Voy a dejar el móvil en modo avión hasta que se le acabe la batería y luego voy a tirarlo a un lago, ¿vale?

—¿Y qué se supone que voy a hacer yo?

—No cargármelo.

—Me encanta que tengamos un plan.

Una sonrisa triste aparece en su bonita cara.

—Treinta minutos más y me pongo a estudiar. ¿Te parece bien? —pregunta, como si necesitara pedirme permiso.

Pero así es. En cuanto asiento, mi matemática se deshace en lágrimas.

Durante treinta minutos me dice lo divertido que fue, lo interesante, lo listo. Por las cosas que me cuenta, el cretino se tenía bien aprendido el discursito porque con la charla feminista se me caen un poco las bragas, lo cual me cabrea todavía más.

Estoy a punto de echar espuma por la boca de la rabia que me da todo esto.

Sobre todo, oírla repetir «no me debe nada, no hablamos de exclusividad». *Vale, eso es verdad, ¿pero despide a Chiara para que Cleo lo oiga y luego se la folla en secreto en la clínica? Venga ya, el tío tiene más caras que un puto dado, ¡y eso da derecho a un cabreo justificado, no fastidies!*

Al cumplirse el plazo de treinta minutos, Cleo cierra el grifo y se pone a estudiar en el salón. Me preocupa la capacidad que tiene para reprimir sus emociones. Me preocupa lo mal que se me da a mi reprimir las mías cuando se trata de ella.

Me siento en el brazo del sillón y miro el móvil.

Mensaje de Ridelmunt

22:14 ¿Puedes encargarte de que nuestra Cleo estudie todo lo que debe? Esa niña no se merece suspender por un mamarracho.

Mensaje de Lora

22:15 A estas alturas no hay nadie que no se haya enterado de lo ocurrido. Nadie en Mountville va a volver a pisar esa clínica.

Mensaje de Nina

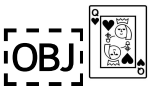
22:16 Lay, tesoro, llámame cuando tengas un rato. Necesito saber que estáis bien.

Me voy a mi habitación al ver que no son los únicos, que hay montones. No entro al trapo en los mensajes porque si lo hago… si lo hago, conduciré a Mountville esta misma noche. Respondo a la familia sin pasar por alto el detalle de que mi hermano no ha dicho nada. Necesito tirar del hilo, llamarle, llegar hasta el fondo del asunto. Él lo tenía en cierta estima, lo sé porque me lo había mencionado alguna vez. Y mi hermano no es de los que engañas con facilidad.

En una semana Cleo habrá terminado los finales, quizá entonces pueda convencerla de que vayamos a Mountville juntas.

23

Wilson



Sé que dice poco de mí que la falda me baile cuando me la subo por las caderas, pero llevo una semana con el estómago cerrado.

Me digo que es por los finales, que están siendo mucho más difíciles de lo que pensaba que serían. *Una manera sutil de admitir que no voy preparada, que no he estudiado suficiente.*

Me encantaría echarle la culpa a otra persona, escurrir el bulto de la responsabilidad, pero he sido yo la que perdía el pulso con mis recuerdos de ese día una y otra vez. De la clínica. De la cita.

La desintoxicación del móvil no está surgiendo el efecto. Y el hecho de que solo consiga conciliar el sueño en mi escritorio, cuando caigo rendida harta de mis adorados polinomios, tampoco ayuda.

No puedes echar de menos a alguien durante ciento sesenta y ocho horas cuando interactuaste con esa persona durante menos de

veinticuatro. Es ridículo y yo patética.

Por si fuera poco, Josh me ha jodido mi canción favorita de Taylor Swift: You belong with me. Escuchándola he caído en que si el chico se fija en la despampanante animadora de taconazos *italiana* y no en la chica sencilla de deportivas con la que más se divierte, si *no ve más allá del físico,* entonces *no* es tu chico. Es un tonto. Y lo mejor que puede ocurrirte es que se quede con la animadora y pase de ti. Me pongo *All Too Well*, la versión larga, y subo el volumen al máximo.

Esta mañana el cielo de Virginia está oscuro, nublado, amenazante de lluvia, pero mucha gente ha acabado ya los finales así que se respira tensión y buen rollo a partes iguales. Intento mantener la mente en blanco, pero no se me da bien. Tengo sudores fríos y se me llena la boca de saliva cuando empiezo a darle vueltas a la cabeza. Lo mucho que disfruté con él, es equivalente a lo mucho que estoy sufriendo ahora, así que… *mierda.*

Con andares nerviosos, me pateo el campus camino a mi último final y me cruzo a una chica con un batido verde que podría ser *cualquier* cosa. *C-u-a-l-q-u-i-e-r* cosa. Pero yo pienso en él.



—¿El té matcha en serio? —pregunto boquiabierta sin darme cuenta de que Josh lleva unos cuantos minutos sin comer nada, pero removiendo el tenedor en el plato.

Cualquiera diría que está confundiendo a los camareros para que no se lleven nada. Para que tarden. Para que esto se alargue.

—¿No lo has probado nunca?

—He probado bombones y tartas con sabor a té matcha.

—¿Y?

—Repugnante.

Me sostiene la mirada. Luego un poco más. De repente se inclina y hace algo que no ha hecho desde hace horas: tocarme. Tira de mi mano y la cubre en su totalidad con una de las suyas.

—Te puedes curar. No es culpa tuya que tengas el paladar atrofiado de comer químicos. Yo puedo ayudarte.

—En t-tus… sueños —me obligo a resoplar, pero alguien debería estudiar el poder de este hombre.

Pero sobre todo, comprobar si hay extintores en este local porque: asdfghjklñ.

Pasa un largo instante hasta que me suelta y deberían meterme en un manicomio por admitirme a mí misma que lo echo de menos de forma instantánea.

—Si tienen en la carta, podemos pedir uno —carraspeo.

—No tienen.

—Será porque está asqueroso —digo por lo bajini.

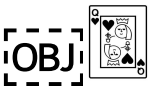
Chupo la trufa de mi helado que se me ha quedado en el labio y al alzar la vista, sus ojos están justo en mi boca y su nuez, deslizándose con lentitud por su garganta tremendamente sexy. Sus

ojos no me encuentran, aparta la mirada y que me parta un rayo, casi parece que se ruboriza.

Quiero saltar por encima de la mesa, olvidarme del postre y comérmelo a él.

24

Wilson



No entiendo cómo puedo seguir dándole vueltas.

Me voy a volver loca, si es que no lo estoy ya.

Esto tiene que dejar de dolerme así. Me arde el corazón en el mal sentido. Me llevo la mano al estómago al sentir que voy a salirme de mi propio cuerpo. Los mareos han sido mis mejores amigos estos últimos días, pero van a repartirme el examen final de la carrera en cinco minutos, ahora deberían dejarme puto en paz. *Voy a conseguirlo. Todo el sacrificio, el estudio, las noches en vela, los nervios, todo acaba ahora, es mi momento.*

Me muerdo la lengua manteniendo mis emociones a raya.

Tú puedes, Cleo. Has pasado por cosas peores.

¿Sí? Porque no me lo parece.

Esto es distinto a lo de mi madre, es un dolor diferente, pero igual de corrosivo. Ya en la sala del examen, sentada en primera fila, compruebo una vez más que mis bolis pintan. Que mi calculadora funciona, (mi mayor terror es que se quede sin batería justo cuando lo necesito). Por eso tengo dos. *¿Te imaginas que fallan las dos? *Nuevo terror desbloqueado* ¡¡que cunda el pánico!!*

Me llevo una mano al estómago cuando en mitad del examen empieza a dolerme cosa mala, pese a que lo estoy bordando. O eso creo, no puedo estar segura ya que la respuesta de la última pregunta que he hecho ha sido tipo test y las opciones eran: 171,21, -171,22, -171,23 o 171,24. *Ansiedad entrando en el chat*.

Estoy muy concentrada, sudando, haciendo lo que mejor se me da… así que no entiendo por qué mi cabeza vuelve a ponerme los putos violines. La garganta me arde y pienso que la persona que dijo «es mejor amar y perder, que no haber amado» se merece una patada en la cara.

Termino y me levanto con ganas de desplomarme en una cama fresquita.

—¿Qué tal, Cleo? —me pregunta mi profesora con una sonrisa cómplice ya que, por algún motivo que desconozco, le caigo muy bien.

—Bien, aunque vendré a la revisión para comentar el ejercicio del Teorema de la Aplicación Inversa. *—Porque ha sido difícil de cojones, profe, te habrás quedado a gusto.*

—Estaré encantada de comentar cómo lo has bordado —me guiña el ojo y no tiene ni idea de lo mucho que necesito esa palmadita en la espalda.

Salgo y camino sin mirar a dónde voy.

Mi vena introvertida me asfixia un poco. *Vale, mucho*. Hasta me pica en las palmas de las manos ver que todo el mundo está en los pasillos, fuera en los jardines, por tooodas partes. Hablando muy alto, riendo, armando jaleo. Así que busco una sala alejada para programar un rato. Sola, en silencio. Con la desesperada intención

de mantener la mente en blanco, distraerme hasta que Láhria acabe su examen.

Ni siquiera me doy cuenta de que alguien me sigue. De que reconozco el olor que me está llevando de vuelta a la clínica, que esta vez no está en mi cabeza y que, cuando entro en la sala y dejo la mochila junto al ordenador, él entra detrás de mí.

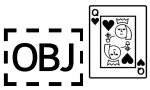
La ley de la atracción de verdad funciona y es una soberana putada.

Josh D'Angelo cierra tras de sí de un portazo y arranca el pomo de la puerta encerrándonos en la pequeña sala.

—Tenemos que hablar.

25

Wilson



¿Por qué se me acelera el corazón así? ¿Por qué me hace ilusión que haya venido? ¿Que quiera verme?

Odio los violines que oigo en mi cabeza. Me odio a mí misma por lo débil que soy cuando se trata de él. Tiene el pelo revuelto, la corbata del traje a medio deshacer. También un moratón en proceso de curarse en la mandíbula, la urgencia y la necesidad pintada en la mirada, y unas ojeras tan profundas que parece que no ha dormido en siglos. Hace que sienta lástima por él. Que quiera quitarle parte del peso de sus hombros.

Dios, cuánto le odio.

—¿Qué haces tú aquí?

—Te fuiste sin darme la oportunidad de explicarme —dice con reproche y entonces me acuerdo.

De por qué lo hice, por qué apagué el móvil, por qué he llorado como una pringada noche tras noche.

—No quiero escucharte.

—Es muy injusto.

—¿Injusto? —resoplo y dudo si quedarme a discutir, si llamarle de todo—. Tienes suerte de que no sea una persona violenta.

—Preferiría que lo fueras a que sigas ignorándome.

—Pues eso es precisamente lo que voy a hacer el resto de nuestras vidas —avanzo hacia la puerta con la intención de abrirla de alguna manera, pero me coge de la muñeca con determinación—. Suéltame.

Lo hace. Pero también me corta el paso, dejando la puerta a su espalda.

—Sé lo que crees que viste, pero…

—¿Lo que crees que vi? ¡Estabais desnudos!

Asiente en silencio, pellizcándose el labio inferior con el superior, atravesándome con la mirada cargada de un dolor que no sé en qué se respalda. No parece culpa. Es algo peor.

—Me desperté atontado, en una nube —empieza a hablar y sé que no va a parar.

—No quiero oírlo —jadeo.

—Entonces vi que no estabas a mi lado y me asusté.

—*Josh*.

—Y no me refiero a que me supo mal ver que te habías ido. Me refiero a que me cagué encima solo de pensar que no quisieras volver a verme.

—Es cierto, no quiero volver a verte. Es la pura verdad —muerdo las palabras con lágrimas en los ojos y la línea de su mandíbula se tensa todavía más.

—La idea de no poder volver a cenar contigo, besarte, oírte reír era… aterradora. Porque eres, con diferencia, la mujer más interesante que he conocido nunca. Jodidamente especial —dice cabreado—. Así que te escribí y cuando respondiste a mi mensaje accediendo a desayunar conmigo, te apropiaste del dominio de

todas mis neuronas. Ni siquiera cerré la puerta de casa al salir. Intenté arrancar el coche con las llaves de la clínica. Ah, y me fui con la camiseta del pijama puesta, metida por dentro de los pantalones de traje. No volví a casa porque en la clínica siempre tengo recambio. Así que estoy en mi despacho, sigo pensando dónde quiero llevarte a desayunar y es entonces cuando Chiara me abraza por la espalda.

—¿Y qué? ¿Decidiste follártela pensando en mí?

—No me acosté con ella, Cleo. Nunca me he acostado con ella. No es el tipo de mujer que me va. Tú sí.

—¿Pretendes que me crea…? ¿Tan tonta piensas que soy? No me conoces. Ese es el quid de la cuestión. Te crees que soy una idiota, una chica fácil, porque me acosté contigo cuando no te conocía de nada.

—No es verdad. No es lo que pienso.

—¡Vete a la mierda, ¿quieres?!

—Cleo, escúchame un segundo. Dame una oportunidad.

—¿Una oportunidad? Tienes que estar vacilándome. Josh déjame salir de aquí o te prometo que voy a empezar a gritar socorro.

Me mira dolido y al tocar un par de teclas en el móvil que acaba de sacarse del bolsillo, oigo la grabación.

—Chiara, vístete. —La voz de Josh es fría, asqueada.

—No, doctor. Tenemos que solucionar nuestros roces con otros más… placenteros —susurra en tono seductor, soltando una risita melosa.

—Te dije que si volvías a aparecer desnuda en mi casa o en la clínica, hablaría con la policía. —Oigo lo que parece un teléfono de mesa.

Luego un estruendo de algo cayendo al suelo.

—Reconozco que me pone mucho que te hagas el difícil, pero no hace falta llevar el juego tan lejos —baja más la voz—. Hunde tus dedos en mis pliegues y comprueba de una vez lo húmeda que he estado siempre por ti, D'Angelo —gime—. ¿Sabes la de veces que me he corrido pensando en ti?

—No tienes derecho a ponerme en esta situación, Chiara. Si crees que por ser un tío no tengo derecho a rechazarte, hoy vas a aprender lo equivocada que estás y de paso lo cómoda que es la celda de la comisaría.

—¿Vas a ponerme tú las esposas? —insiste seductora, no dando su brazo a torcer.

—Sé que la de los cristales ha sido Antonella —masculla—, y me apuesto lo que sea a que le pediste tú que lo hiciera.

—Sí, pero solo porque mi hermana me quiere y me puso celosa que tuvieras una cita con esa pringada.

—Esa «pringada» te da cien mil patadas en todos los aspectos que se te ocurran. Solo te lo voy a repetir una vez, Bianchi. Vístete y alej…

Oigo el ruido de la cesta. La fruta y lo que traje desparramándose. Mis pasos en la huída. El jadeo lloroso que no fui consciente de dejar salir.

—¡Cleo! —Su voz ya no está cargada de furia, ahora es puro miedo.

Chiara se queda sola en el despacho diciendo palabrotas en italiano mientras la voz de Josh se aleja.

La grabación termina.

Ni siquiera sabía que había salido detrás de mí.

—Puse cámaras en mi despacho por seguridad. Esta grabación también tiene vídeo, puedo enseñártelo si quieres.

26

D'Angelo





Vuelvo a llamarla, pero no lo coge. Han pasado dos horas. Quiero volcar la mesa de mi despacho de la impotencia y la rabia que siento, pero me obligo a mantener la cabeza fría, a pensar en qué hacer ahora para solucionar esto.

Después de perseguir a Cleo y después de perderla, he llamado a la policía antes de volver a la clínica. Tal y como esperaba, Chiara seguía aquí. Lo ha confesado todo cuando he vuelto a tirar de la

manta y ha intentado zurrarme, intoxicándose con mi rechazo, pero da igual. La han detenido. Y a Antonella Bianchi también.

El móvil me vibra y casi se me cae de las manos, pero no es ella. Leo en la pantalla Nolan-Kane y gruño para mis adentros. Me imagino las ganas que tiene de darme un puñetazo que me haga saltar los dientes. Yo también lo querría si fuera él. Joder…

—¿Qué coño haces? —gruñe al otro lado de la línea.

—Lo siento, yo…

—¿No le prometiste que estarías aquí para la operación? Rossy May ha preguntado por ti tres veces, tío. Si vas a hacerme romperle el corazón, te voy a romper a ti las piernas.

—Llego en cinco minutos.

Cojo el móvil, las llaves y salgo de la clínica. Antes de tener oportunidad de llegar al coche, me topo a un montón de vecinas de Mountville de brazos cruzados y con el semblante arrugado en furia.

—Lora —ha traído a todas sus compañeras de yoga y a otras vecinas—. Lo siento, ahora no puedo quedarme a hablar.

—¿En serio has sido tan tonto como para jugar con el corazón de Cleo Wilson? ¿Tienes la menor idea por lo que ha pasado esa dulce muchacha desde que era una cría?

—No he jugado con ella —exhalo.

—¿Entonces de qué va todo esto?

—Sí, doctor, ¿es que no va a reconocer su error?

—¡Eso no es un «error»! ¡Que la ha metido donde no debería!

Dicen entre unas y otras.

—Hemos oído que tienes cámaras —el rostro de Lora se muestra dubitativo, como si quisiera darme una oportunidad—. Déjanos ver lo que ha pasado. Juzgar por nosotras mismas. Demuestra tu inocencia, D'Angelo.

No puedo dejarles acceder a las grabaciones.

No, sin que vean a Cleo romperse y salir de aquí llorando.

No, sin que la oigan abrirse a mí esa misma mañana. Contarme cosas de su madre que solo eran para mis oídos. Joder, si Cleo supiera que la tengo grabada diciendo todo eso… no volvería a hablarme. No es que ahora vaya a hacerlo, pero… no puedo. No lo haré.

—Salid de mi propiedad —les ladro y es lo que necesitaban para tirarme huevos a discreción.

Nolan-Kane se pilla un cabreo de narices cuando llego en esas condiciones al hospital.

Mannaggia!

—¿Qué pintas son estas? ¿En serio hoy te parece un día para jugar a…? ¿Qué coño es esto?

—Es una larga historia.

—¿Sí? Pues hazla breve. O mejor, ahórramela. Hay duchas al final del pasillo, coge uno de mis uniformes y ven cagando leches a la sala de Rossy May.

Está claro que no sabe nada y que este hospital es un universo aparte.

Es una suerte, porque si no no podría cogerle la mano a Rossy May mientras su madre, fuera de la sala, llora aterrada en los brazos de Abbie, y es lo que pasa en cuanto llego.

—¿Pada mí? —pregunta abrazando el conejo de peluche verde.

—Sí, Rossy, para ti.

—¿Y a él? —señala a Nolan-Kane.

—Para mí no ha traído nada, voy a ponerme muy triste.

Es decir esto y Rossy May le ofrece el peluche a Kane. Él lucha por no morirse con su generosidad.

—¿Cómo te encuentras, chiquitina?

Junta el índice con el pulgar y levanta los tres dedos restantes. Hablar le cuesta mucho, así que suele hacer gestos. El problema es que cuanto menos hable, peor se le dará hablar. Pero claro, es una

niña de cinco años y formular palabras le duele un montón. No se le puede pedir tanto a alguien que acaba de llegar al mundo, joder.

—Osh…

—Dime, Rossy.

—¿Due-go poddé hablad biend?

—Esa es la idea, sí. Tan bien que no querrás hacer otra cosa.

Rossy May se carcajea. En cuanto los calmantes le hacen efecto y el dolor amaina, nunca para de reírse. Es una niña pequeña y lo único que quiere es estar sana, joder.

—¡Yuhuuu! ¿Cómo de dllama? —alza el conejito y ni siquiera lo pienso.

—Cleo. Cuídala muy bien, ¿vale?

Abraza el peluche y no me pasa por alto la mirada que me lanza Abbie desde la puerta.

Ella sí se ha enterado de todo.

27

D'Angelo





Abbie me pilla por banda, entrando conmigo en el ascensor.

—No voy a decirle nada a Nolan-Kane hasta que terminen las horas de operación de Rossy, pero en cuanto sepamos que ha salido bien, eres persona non-grata en este hospital.

—¿Hay alguien en este pueblo que contraste las mentiras que oye?

—¿No tenías a Chiara Bianchi desnuda en tu clínica?

—Sí, pero…

—¿Y no te ha pillado Cleo mediodesnudo y por eso la increíble y maravillosa matemática ha sido vista llorando a moco tendido y saliendo del pueblo como alma que lleva el diablo? —estrecha la mirada hasta que sus ojos son lunas—. Te has ido a vivir a un pueblo pequeño, raro y unido, D'Angelo. Aquí nos guardamos las espaldas los unos a los otros y si no buscas la manera de enmendar tu error… ¿qué digo? Lo que has hecho no tiene arreglo. Yo que tú haría las maletas y me largaría bien lejos de aquí.

Vuelvo a mi clínica con tal de hacer algo mientras espero las noticias de Rossy May. No voy a comentar el estado de mi fachada, pero está peor que cuando me fui. Imagino que será por la situación de vida o muerte que acabo de presenciar, pero no consigo que me importe. Solo me importa Cleo, su bienestar. Necesito ir a buscarla.

—Sé calar bien a la gente —dice una voz a mi espalda. Una arañada con el paso del tiempo, pero cuya sabiduría eclipsa todo lo demás—. Así que me fastidia haberme equivocado contigo.

—Ridelmunt —digo al verla sentada en uno de los sillones de la recepción. Se levanta y sé que no me lo va a poner fácil—. Por favor, deja que te trate. Tenías visita.

—Hijo, es una pena. De verdad. Pero sobre todo para ti. Aquí el único que ha perdido eres tú. Este pueblo podrá encontrar a otro dentista pronto, pero tú nunca volverás a encontrar a nadie como ella.

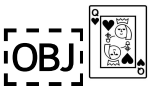
—¿Y si te digo que no me has juzgado mal? ¿Que todo ha sido un malentendido? ¿Que cueste lo que cueste, lo último que voy a hacer es perjudicar a Cleo?

—Te diría que el viento no te viene de cara y que deberías cambiar de estrategia, no te está saliendo muy bien. —Ridelmunt sale de la clínica y coge del brazo a Nina Taylor, que la espera fuera con la misma expresión dubitativa que he visto en Lora.

Nolan-Kane aparece en mi clínica un par de horas después. No viene a decirme nada de Rossy May: viene a darme un puñetazo.

28

Wilson



—No tengo palabras —me lo ha soltado todo de golpe y voy a necesitar cinco años lunares para asimilarlo.

Se me está rompiendo el corazón. Otra vez.

No voy a poder soportarlo.

—¿Quieres verlas? —pregunta refiriéndose a las grabaciones visuales, pero no quiero revivir eso.

Se me ocurren cosas más agradables que ver cómo me destroza en vivo y en directo, así que sacudo la cabeza.

—¿Por qué no le enseñaste a Nolan-Kane las grabaciones? ¿Por qué dejaste que te pegara? ¿Y por qué dejaste que Lora y sus amigas, que Ridelmunt…?

—Si se las enseñaba, te verían a ti. —Me aguanta la mirada y se me llenan los ojos de lágrimas.

—Me verían llorar, Josh, no es nada importante.

—Lo es para mí. Además, una vez metieran mano a las grabaciones, no podría controlar lo que vieran o escucharan. Lo que compartiste conmigo por la mañana…

—¿También grabaste aquello?

—No fue intencionado —promete—. Pero debes saber que Nolan-Kane ha visto, como mínimo, lo ocurrido con Chiara. Tras la muerte de Rossy May, decidió colarse en mi propiedad y echarle mano a las grabaciones sin que yo estuviera delante. No pude impedírselo. Lo siento. Aunque dudo que escuchara todo lo que hablamos, me da que es la persona menos cotilla de todo Mountville.

—Es… espera, ¿Rossy May ha fallecido? ¿Cómo? ¿Cuándo?

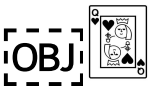
—Una complicación en la operación —el dolor vuelve más anguloso su rostro—. Las probabilidades de sobrevivir eran del cincuenta por ciento. Hace ya casi… casi una semana. He tenido que ir al juzgado con Nolan-Kane porque la madre nos ha denunciado a ambos.

—¿Qué?

—Cree que la engañamos, que acabamos con la vida de su hija a pesar de que le dejamos claros los riesgos tanto de operar a Rossy May como de no hacerlo. Abbie cree que entrará en razón, que es el shock de la pérdida. Cleo, yo solo… solo necesito saber que estás bien. Dímelo y me iré. Dímelo y no volveré a molestarte.

29

Wilson



Lo miro. Lo hago de verdad. Observo al hombre de gran altura y hombros caídos, de acento italiano y palabras dulces, y parece tan frágil, tan dolido y hecho polvo que me destroza. Me rompe a un nivel celular, químico, espiritual y yo… dudo que pueda recomponerme. *Porque esto. Se lo he. Hecho. Yo.*

Yo escampé el rumor de nuestra cita poniendo celosa a Chiara, yo me fui de allí sin escucharle, yo he acabado con su clínica.

La culpabilidad me coge de la garganta y aprieta con fuerza. Qué equivocada estaba. Y aun así, después de todo lo que he hecho, él parece tan dispuesto a…

—No estoy bien. No lo estoy en absoluto.

—Cleo…

—¿Nolan-Kane le contó la verdad a todos? ¿A Ridelmunt? ¿A Nina?

—Le pedí que no lo hiciera.

—¿Es que has perdido la cabeza?

—No iban a creerle sin pruebas y yo no estaba dispuesto a dárselas a nadie. La parte positiva es que han echado a las Bianchi del pueblo y con una buena multa. Yo me iré antes de que me inviten a hacerlo.

—No lo hagas. —Agarro sus manos—. Por favor, no lo hagas. Iré contigo a Mountville, Josh. Contaré toda la verdad. Les enseñaré las grabaciones a cualquiera que quiera verlas, no me importa que me vean llorar.

—A mí sí.

—Cierra la boca, Josh. No pienso dejar que te den la espalda.

—¿Te crees que me importa? —Sacude la cabeza—. Para ser sinceros, lo prefiero.

—¿Qué quieres decir?

—No he podido acercarme a mi cama —dice en tono bajo, solo para mí—. Estás impregnada en las paredes de mi casa y solo estuviste allí un puñado de horas, Cleo. Si no puedo tenerte, la única opción que me queda es poner tierra de por medio. Un par de continentes, como mínimo. Joder, fijo que no será suficiente.

—¿Crees que no me tienes? —resoplo con los ojos llorosos, la garganta ardiendo y el corazón golpeándome el pecho con brutalidad—. ¿Después de todo lo que has hecho por mí? Deberías odiarme por el infierno que te han hecho pasar, ¡y lo único que haces es protegerme!

—Solo te estaban defendiendo.

—Del mal equivocado. Dios, lo siento tanto. Ha sido todo por mi culpa. Si te hubiera dado la opción a que te explicaras las cosas no habrían salido así y sé que ya es tarde, pero necesito que sepas cuánto lo sient… —no termino la frase porque los labios de Josh abren los míos y un océano de mariposas aletean en mi estómago.

El calor que estalla en mi cuerpo quema más que cualquier dolor anterior. Por eso cicatriza y erradica todos mis males.

Ahora solo está él, Josh, que me besa como si mi lengua fuera aire y estuviera asfixiándose.

Estoy temblando y creo que él también, pero cuando me besa así pierdo la toma de tierra con la realidad. Levito mientras nos volvemos uno. Me doy cuenta de que este hombre no va a saber cuidar de sí mismo, que como no lo haga yo, ¡me lo harán pedazos! Es terrorífico. Voy a empezar a delirar.

Mío. Amore mio.

Pierdo la falda. Toda mi ropa. Él la suya. Los besos no cesan ni un instante. El ritmo es salvaje desde el principio, como si estuviéramos sellando un pacto invisible con urgencia.

—Cleo. Cleo.

—Son lágrimas buenas, tranquilo. Son buenas —me aferro a sus mejillas igual que mis piernas hacen con sus caderas—. No pares, por favor.

Nos lo demostramos todo sin palabras.

Casi parece que queramos grabarnos el uno en la piel del otro. Como si el alma pudiera fundirse en nuestra anatomía, como si después de este momento, ninguno pudiera sobrevivir sin el otro.

Lo siento palpitar dentro de mí y estoy a punto de perder el sentido.

Oigo violines. Veo fuegos artificiales. Su sabor es lo único que quiero en mi boca.

—¿Estás bien? —pregunta un puñado de orgasmos después, cuando el sudor me ha pegado el pelo a la frente y aun así, sigo anhelante a centímetros de su boca.

—No, no lo estoy. Nunca voy a estarlo, así que quédate conmigo, ¿vale?

—¿Mucho?

—Sí, Josh. Mucho.

Lo que empieza como un roce inofensivo de mis labios se vuelve en un incendio forestal en cuestión de segundos. *Y ya no hay quien nos pare.*

30

D'Angelo



Ni en un millón de años habría podido imaginar que las cosas saldrían tan bien, pero sigo dentro de ella. La siento contraerse y palpitar contra mi polla, por todas partes. *Es evidente que hoy no vamos a dormir nada.*

Nos corremos incontables veces. Por todas partes. De todas las formas posibles. Y sigo queriendo más.

Por suerte, ella también.

Ahora estamos en su apartamento, así que no hay problema con que nos pillen u oigan. Me habla de su mejor amiga, de Láhria, la hermana de Nolan-Kane, que llegará de un momento a otro y debe saber todo lo ocurrido. Y esto me lo dice rodeando mi cintura con las piernas, con cero intención de apartarse de mí.

Qué. Puta. Suerte. Tengo.

Mamma mia.

Me la llevo al baño, a la ducha. Allí puedo seguir devorándola, atesorando todo lo que quiera darme mientras la enjabono y la lleno de besos, mientras la penetro tan adentro que temo romperla.

Estallamos juntos en el orgasmo y sé que, si depende de mí, no voy a soltarla nunca.

—¿De verdad vas a poder perdonarme? —pregunta bajo el agua, donde cree que sus lágrimas pasan desapercibidas.

No para mí.

—No tengo nada que perdonarte, Cleo.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Reaccionaste como habría hecho cualquiera. No me conocías lo bastante como para saber que yo nunca… —carraspeo reviviendo el dolor de estos días, la impotencia, el miedo, todo.

—Tenía mucho miedo, Josh —se agarra a mí—. La relación con mi madre, su repentino abandono cuando era pequeña y todo lo que ocurrió después me ha hecho protegerme con unos muros muy altos y también cogerle miedo a tener esperanza. Por eso antes de la cita, fui por todas partes buscando tus trapos sucios. Por eso cuando vi a Chiara, salí huyendo antes de darte la oportunidad de explicarte.

—Tienes que contármelo todo, Cleo. Necesito saberlo.

Me hace un resumen, pero es suficiente como para que quiera salir de aquí, pillar el coche y conducir hasta dar con Antea Wilson.

—Ahora soy yo el que no tiene palabras.

—Dramas familiares. Lo normal, ya sabes.

No es lo normal, en absoluto. Joder, ella no se merecía nada de eso.

Pero si algo he aprendido de Rossy May es que el mundo está lleno de buenas personas que no tienen lo que se merecen.

Cleo llora un poco mientras me besa y vuelve a decirme que lo siente mucho. La beso despacio, con intensidad, hasta que se le

pasan las ganas de decir tonterías preciosas.

—No lo sabes, ¿verdad? —*Sei un tesoro, mi fai impazzire.*

—¿El qué?

—Tienes el poder de destrozarme, Cleo Wilson. Pero también de hacerme el hombre más feliz del mundo. Y eso es justo lo que estás haciendo ahora.

—Voy a cuidar bien de ti. —Se aferra a mi mano y sellamos nuestra promesa uniendo nuestros cuerpos una vez más.

Cuando la seco con la toalla, creo que he encontrado mi nueva vocación. Mi verdadera pasión. *No hay nada que no quiera mimar en este mar de curvas pronunciadas.* Ella se burla de mí cuando le quito el secador de las manos y me encargo de su pelo. Está aterrada. Me da besos en el pecho y en los abdominales aprovechando la diferencia de altura y si no se está quieta vamos a necesitar otra ducha pronto.

—Joder con el puto coco, qué bien hueles —gruño en italiano mientras inhalo el aroma cerca de su cuello y ella se deshace de su camiseta—. ¿Qué estás haciendo?

—No puedes hablarme en ese tono sin esperar una reacción.

Somos unos viciosos. Y digo somos, porque yo también me quito la mía.

—Es Lay —dice abriendo mucho los ojos cuando oye la puerta de su apartamento.

Casi sale del baño a medio vestir y yo casi la sigo con una erección.

Cleo me coge de la mano un minuto después, la entrelaza con fuerza y vamos a solucionar este jaleo.

31

D'Angelo



Nunca me habían amenazado con una barra de pan, pero es lo que pasa cuando Láhria Taylor nos ve salir del cuarto de Cleo y pilla mi acento italiano en cuanto la saludo.

—¡Espera, espera! ¡Lo hemos solucionado!

—¿Solucionado? ¡Tienes que estar de broma, Cleo! Ven aquí, ¡no pienso dejar que este energúmeno de piernas kilométricas vuelva a hacerte daño!

—¡Pero ha sido un malentendido, lo juro!

—¡Eso es lo que pienso decirle a la policía cuando encuentren toda la sangre en el piso!

—¡Lay, demonios! ¡Que es inocente!

¿Está mal que quiera reírme de la situación? Tiene pinta que sí, que fatal, teniendo en cuenta lo jadeantes que están ambas de perseguirse y cortarse el paso alrededor del salón. Fijo que no me

haría ganar puntos con la amiga sobreprotectora de la chica de la que estoy enamorado.

Pero es que me alegra ver que hay alguien que estaría dispuesta a llegar muuy lejos por Cleo.

Pasan unos buenos diez minutos hasta que nos sentamos en el sofá como personas civilizadas.

—¿Puedes hacer una respiración profunda conmigo, Lay? —le pide Cleo, alargando la mano hacia su lado del sofá.

Su amiga parece poco dispuesta.

Estamos cada uno en una esquina, salvo que yo tengo a Cleo sentada encima a modo de escudo. No debería hacerlo porque deja a mi cerebro fuera de juego, atontado por tenerla.

—¿Esperas que me crea semejante chorrada? ¡Los viste desnudos!

—Lay, sabes que yo nunca estaría con él si me hubiera engañado —dice un poco frustrada, abrumada por la situación.

—*Non preoccuparti. Sono qui, con te* —susurro y le beso el pelo. Miro a su amiga y antes de pasarle mi móvil, le doy el código para desbloquearlo—. Ahí encontrarás las grabaciones que demuestran que no me acosté con Chiara.

—¿Grabaciones? —frunce su ceño rubio con desconfianza, pero me lo coge.

—Esa mujer llevaba tiempo acosándome, presentándose desnuda en mi jardín o dentro de mi casa para que me acostara con ella. No aceptaba un no por respuesta, pero fue lo que le di cada una de las veces.

—¿Te acosaba? —la preocupación pinta el tono de Láhria.

—Está loca —corrobora Cleo y yo aprieto el brazo que tengo rodeando su cintura.

—Después de saber lo poco que la ha cuidado Antea, me alegra ver que tú le cubres las espaldas, Láhria. Puede que yo no te caiga bien, pero tú a mí sí y me parece perfecto que me pongas a prueba. Que me vigiles hasta que consideres que soy lo bastante bueno para

Cleo. Pero imagino que para demostrar que estoy enamorado de esta mujer hasta la médula, necesitaré algo más de tiempo. Años.

Cleo se gira en mi regazo con los ojos llorosos y sacude la cabeza.

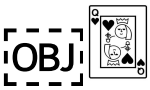
—No necesitas nada más, mi amor. Yo ya lo sé, Josh. Lo sé todo. Y… también estoy enamorada de ti. No he podido evitarlo. Siendo sincera, estoy segura de que me va a durar toda la vida —dice acariciando mi mejilla.

Y luego me besa.

Si esto es un sueño, per favore, que nadie me despierte.

Último capítulo

Wilson



A la mañana siguiente, volvemos a casa. Juntos. A enmendar todo lo ocurrido.

Puede que la buena gente de Mountville, igual que mi mejor amiga, sean muy sobreprotectores con los suyos. Pero también saben cuándo disculparse, cuándo admitir el error.

No me sorprende que al llegar al pueblo, descubramos que Nolan-Kane se ha ido de la lengua y que los cristales de la entrada de la clínica ya no están rotos. Ni tampoco me sorprende ver a un buen equipo limpiando la fachada de lo que parecen huevos podridos.

Lora y sus chicas del yoga, llevan una camiseta con la cara de Josh y unas letras enormes de «inocente». Ridelmunt le pregunta a D'Angelo que cuándo va a quitarle la caries.

Es perfecto.

—He ensayado algo y no sé si lo voy a decir bien —digo a esos ojos brillantes cargados de amor—. *Da oggi, Mountville è la tua famiglia. Io sono la tua casa. Io sono il tuo rifugio, Josh d'Angelo. Ti amo.*

Por la forma en la que sus labios colisionan contra los míos, diría que ha pillado el mensaje.

Nota de la autora

LMR



¡Buongiorno!

Me alegra muchísimo que hayas llegado hasta aquí. Me llamo LMR (Laura Moreno Romero), gracias por leerme.

Espero que hayas disfrutado de la mini-historia de ***Cleo Wilson & Josh D'Angelo.***



LEGADO DAUGHBETH *no ha hecho más que empezar, vendrán muchas historias más… pronto. Muy pronto.*

En caso de que quieras hablar directamente conmigo, mi Instagram es: ***lmr_author_***

Además, me alegra hacerte saber que dispongo de muuuchas otras novelas en Amazon, algunas de romantasy (como Beso de Dragón) y otras de romance contemporáneo (como la serie de Hermanastras, donde conocemos a Cleo por primera vez ;)).

Gracias una vez más.

¡Nos leemos pronto!

LMR